
CIENCIA FICCIÓN
LOUIS G. MILK
ESPERANDO A LOS MARCIANOS

# Esperando a los marcianos

LOUIS G. MILK

# Esperando a los marcianos

EDICIONES TORAY

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona


Depósito Legal: B - 8402 — 1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

## Capítulo primero

Nevaba y hacía un frío de todos los diablos.

Por fortuna, no soplaba viento. Los copos, espesos y grandes, caían mansamente sobre el suelo, cubriendo poco a poco el asfalto.

La circulación era nula. Apenas si, de cuando en cuando, pasaba un taxi rezagado, rodando a gran velocidad como si a su conductor le persiguiese algún terrible enemigo.

Kenton Larymer se sentía de mal humor.

Su enojo estaba acompasado a la desapacibilidad de la noche. El automóvil se le había estropeado y se había visto en la poca agradable obligación de regresar a pie a su casa.

La distancia a cubrir era de casi tres kilómetros. Su alojamiento se hallaba en el extremo opuesto de la ciudad, casi en las afueras.

Aquella noche, Kent, que era como le llamaban los amigos, no debiera haber salido. Joven, pero con veleidades de solterón, había programado una sesión a base de lectura, troncos en la chimenea y «Truck» el gran danés, a sus pies.

Una intempestiva llamada le había hecho salir, obligándole a dar de lado tan atractivo programa. Kent era abogado y uno de sus clientes era el poderoso Nick Halledan, posiblemente el hombre de negocios más importante de la ciudad.

Cuando llegó a casa del señor Halledan se encontró con la gran sorpresa: Halledan no le había llamado.

Kent pensó en la probable broma de algún desocupado. Le maldijo en silencio, se disculpó ante el señor Halledan y emprendió el regreso a su casa.

Halledan vivía en el campo, a cinco kilómetros de la ciudad. Cuando Kent alcanzaba las primeras casas, se le paró el motor.

Todos sus esfuerzos para poner el auto en marcha resultaron inútiles. Cerró las portezuelas, se echó las llaves al bolsillo y emprendió la marcha a pie.

La radio había dado hacía poco los informes del último boletín meteorológico. El barómetro tendía a la baja.

Eso significaba nieve en abundancia. Sacudiéndose de cuando en cuando los copos de nieve que se acumulaban sobre sus hombros y el sombrero, caminó con paso firme.

Trató de detener algún taxi, pero ningún conductor le hizo el menor caso. Kent suspiró resignadamente; no tenía otro remedio que seguir a pie.

El frío empezó a penetrar en su cuerpo, pese a que se movía

enérgicamente. De pronto, vio una luz encendida en la esquina más cercana.

— Bueno, me tomaré un café caliente con una copa de coñac para reaccionar —se dijo filosóficamente.

El interior del bar resultaba invisible, debido al vaho que empañaba las vidrieras por la parte interior. Kent se dio cuenta de que estaba en la esquina de las calles Tercera y McPherson; los dos lados que componían la esquina del local eran de vidrio de arriba a abajo.

Empujó la puerta. Un agradable calorcillo le dio en la cara inmediatamente.

El local era pequeño, pero bien decorado y confortable. Estaba desierto, a excepción del barman, un sujeto de aire melancólico, que leía una revista, acodado en el mostrador.

— Hola — saludó Kent.

— Buenas noches — contestó el barman, incorporándose —. ¿Qué desea, señor?

— Café, con una copa de coñac dentro —pidió Kent, sacudiéndose el sombrero.

— Al momento, señor.

El barman era alto y tan delgado, que parecía un esqueleto recubierto de piel. Se movía con indolencia y no parecía muy interesado por su labor ni por nada de cuanto le rodeaba.

El café estuvo listo a los pocos momentos. El barman colocó al lado la botella.

— Sírvase el coñac a su gusto, señor — indicó.

— Gracias.

Los dos primeros tragos enviaron a las venas de Kent un agradable calorcillo. Empezó a pensar que, después de todo, la vida no era tan asquerosa como parecía.

— Vaya nochecita, ¿eh? — comentó intrascendentemente.

— De perros, sí, señor —contestó el barman.

— No tendrá muchos clientes hoy, digo yo.

— Estarán un poco desorientados. Ya vendrán cuando se acostumbren.

Kent miró al barman con aire de sorpresa. ¿Qué había querido decir con aquellas frases?

De pronto, se dio cuenta de un detalle.

Frunció el ceño. Algo raro ocurría en aquel local..., algo muy extraño, que le hizo pensar profundamente.

— Oiga, este bar no estaba antes aquí — dijo.

El barman movió la cabeza.

— No, señor; tiene usted razón. Estaba situado en la esquina de las calles Veintidós y Coronado.

— Es un buen sitio, mejor que éste, creo yo — apuntó Kent.

— Ya lo creo. Pero, ¿qué podía hacer yo, si me han traído aquí con todo el material?

— ¿Cómo? —dijo el joven, estupefacto.

— Así es, señor. Esta misma tarde, estaba donde le he indicado antes. De pronto, ¡paf!, me vi aquí, en la esquina de la Tercera y MacPherson.

Kent miró al barman con desconfianza. ¿Estaba loco?

Había conocido a tipos con cara de enterradores, pero con un humor envidiable, capaces de dar una broma al más pintado. ¿Se burlaba el barman de él?

— Lo denuncié a la policía — añadió el hombre —, pero no quisieron hacerme caso. Dijeron que estaba loco. ¿Usted qué cree, señor?

Kent se fijó en los ojos del sujeto. Eran muy negros, profundos, con un raro brillo que puso frío en su espalda. ¿Había topado con un maniático?

— En fin — concluyó el barman, con un encogimiento de hombros—, al menos, puedo decir que el traslado ha sido rápido, cómodo y no me ha costado nada.

— Sí, claro...

Kent sacó una moneda del bolsillo y la depositó sobre el mostrador.

— Guárdese la vuelta, amigo.

El barman tomó la moneda y la examinó con suma atención. Luego meneó la cabeza.

— Lo siento, señor, pero aquí no admitimos todavía moneda marciana.

—¿Eh?

— Mire usted, señor. Yo lo siento mucho, pero la moneda marciana no circula aún en esta ciudad. ¿Qué haría yo con un escudo acuñado en Marte?

Kent parpadeó, atónito. Tomó la moneda, que era de plata, y examinó el anverso.

Había la figura de un hombre, con una corona en su cabeza. En torno a la imagen, se leía «Breggon V, Rey de Marte por la Gracia de Dios». Cinco escudos».

En el anverso había un grabado rarísimo, probablemente el escudo de armas de aquel Breggon V, Rey de Marte. Kent creyó que iba a desmayarse.

— Pero yo no he estado jamás en Marte —balbució—. ¡Ni tampoco ningún terrestre! ¡Apenas hace un mes que se ha desembarcado en la Luna...!

— No se preocupe, señor — dijo el barman benignamente —; si no lleva encima más dinero, ya me pagará otro día.

Kent se pasó la mano por la cara.

«Estoy soñando, sentado cómodamente en mi butaca, Dentro de unos instantes, despertaré, pasaré la mano por el lomo de «Truck» y luego me meteré en la cama...», pensó.

Volvió a examinar la moneda. No, no había la menor duda; estaba acuñada en Marte...

De pronto, se oyó un ruido rarísimo en el exterior.

— ¿Qué es eso? — gritó Kent, alarmado.

El ruido persistió durante un minuto largo. Parecía como si llovieran del cielo millones de menudos fragmentos de cristal.

«Crick... criiick... crrrriiiick...».

Kent corrió hacia uno de los ventanales y limpió el vapor que lo empañaba con la mano.

El color del suelo había variado ligeramente. Seguía siendo blanco, pero ahora emitía una infinidad de destellos luminosos, debido a la reflexión de las luces de la calle en los trozos de vidrio que cubrían el pavimento.

— No se alarme, señor — dijo el barman —; esto no tiene importancia.

— Pero están lloviendo cristales...

— Se fundirán luego.

Kent se pasó la mano por la cara. ¿Aún continuaba la pesadilla?

El ruido cesó de repente. ¿Dónde estaba?, se preguntó.

¿Seguía en la Tierra o había ido a parar, por medio de artes mágicas, a algún misterioso planeta?

Los vidrios crujieron bajo sus pies. Kent se dio cuenta de que eran muy finos, de un espesor similar al de una lámpara eléctrica corriente y con un tamaño que oscilaba entre los dos y los cinco centímetros cuadrados. Muchos de ellos despedían reflejos irisados.

La nieve, sin embargo, continuaba cayendo. Kent no sabía qué hacer.

— ¿Quiere otro café, señor? —preguntó el barman.

Kent hizo un signo negativo.

— No, muchas gracias; me voy a casa.

Tenía ganas de llegar a su casa. Estaba seguro de que entonces despertaría y la pesadilla desaparecería de su mente.

En aquel momento fue cuando vio a la mujer.

Estaba en la esquina opuesta. Lo único que pudo ver de ella fue que era alta, pero nada más, debido a la larga capa que cubría su cuerpo hasta los pies. Llevaba un capuchón, con borde de piel, que ocultaba sus facciones casi por completo. El color de la capa era de un rojo escarlata muy acentuado.

En la mano, tenía una pistola.

Con ojos desorbitados por el asombro, Kent observó que la pistola era de gran tamaño y de una forma rarísima, dotada de un grueso cañón, con una protuberancia esférica cerca de la boca y una especie de lámpara piloto de color verde sobre la culata.

La mano de la mujer estaba enguantada en negro, Kent siguió con la vista la dirección hacia la cual estaba enfilado el cañón del arma y vio a un hombre a veinte metros de distancia.

El hombre caminaba con paso natural, un tanto apresurado debido a la inclemencia del tiempo, como lo habría hecho cualquiera en su caso. No se había dado cuenta de la amenaza de que era objeto.

Kent abrió la boca para gritar una advertencia. Era ya tarde.

La pistola despidió un delgado chorro de luz blanquísima, una especie de hilo luminoso, envuelto en un ligero vaho de gas. El hombre recibió la descarga y se tambaleó.

Kent quiso correr, pero le pareció que estaba clavado por los pies al suelo. El hombre dio dos pasos, chocó contra la pared más cercana, rebotó y acabó cayendo de espaldas sobre la nieve.

Entonces ocurrió algo horrible.

La figura del hombre empezó a disolverse.

Primero sus contornos se hicieron borrosos; luego se extendió un tanto en el suelo, como si fuese una pasta poco densa y luego terminó por convertirse en un charquito de líquido, del que se elevaban unos ligeros chorros de vapor.

Tras él, el barman dijo:

— ¡ Bien, un marciano menos!

Kent se volvió. Contempló al barman. Un brillo de intensa satisfacción lucía en sus profundas pupilas.

De pronto, sintió miedo y echó a correr. Quería llegar a su casa cuanto antes, quería sentarse en su sillón, despertar de aquella espantosa pesadilla...

Pero apenas había dado una docena de pasos, vio que la mujer caminaba a su encuentro.

Kent se detuvo instintivamente. Ella había guardado su pistola bajo la capa. Le miraba con fijeza, de una manera extraña, con el rostro impenetrable, lleno de una inusitada seriedad.

De pronto, cuando ya estaba a dos pasos de él, cerró los ojos y empezó a caer.

Kent apenas si tuvo tiempo de saltar hacia adelante y tomarla en sus brazos. La capa se abrió, dejando al descubierto una pierna blanca y muy bien formada.

— La llevaré al bar — se dijo.

Pero cuando dio media vuelta, vio que las luces del local estaban apagadas.

# Capítulo II

El bar, por supuesto, continuaba en su sitio, pero no había en él la menor señal de vida. Kent comprendió que su dueño había echado el cierre.

— Precisamente ahora — masculló indignadamente, mientras contemplaba el bello rostro de la desconocida, que seguía desmayada en sus brazos.

Era joven. Kent calculó que debía de tener unos veinticinco años. Era todo lo que podía apreciar en aquellos momentos.

La calle estaba absolutamente desierta. Kent pensó con desánimo en que el hospital más cercano estaba a kilómetro y medio. Su casa se hallaba más cerca.

Ella respiraba sosegadamente. Kent comprendió que se trataba de un desmayo pasajero.

De pronto, oyó a lo lejos el tenue rumor de un automóvil que se acercaba. Los faros del vehículo brillaron bajo la nieve que continuaba cayendo incesantemente.

Kent se situó en medio de la calle, a fin de ser visto por el conductor. No, no le diría nada de lo que había pasado, no fuera que le tomasen por loco. Si era un vehículo particular, rogaría a su propietario...

Era un taxi y se detuvo a su lado. El conductor se asomó por la ventanilla.

—¿Puedo llevarle a algún sitio, señor? —preguntó —. Veo que se encuentra en apuros.

—Sí, la señorita se ha indispuesto repentinamente...

— Está bien, suba, señor.

El conductor abrió la portezuela. Kent colocó a la bella desconocida sobre el asiento posterior. Luego se acomodó a su lado.

— Calle Rogwan, setenta — ordenó.

— ¡ Volando, señor! — contestó el taxista.

*¡Y entonces, increíblemente, el vehículo se levantó del suelo y echó a volar!*

Kent creyó que todo daba vueltas a su alrededor. Miró por la ventanilla y vio que la calle se alejaba rápidamente. Le pareció que el estómago se le bajaba a los pies.

¡El taxi estaba volando realmente, tal como había dicho su conductor!

Era una frase tópica en casos semejantes, pero aquel hombre la había hecho realidad.

Kent hizo un esfuerzo. Debía comportarse con naturalidad.

— Tiene usted un buen coche — dijo.

— No puedo quejarme, señor —contestó el taxista.

— Vuela y todo, ¿eh?

— Bien, eso es cosa de los marcianos. Si a ellos les gusta que los coches vuelen, ¿qué puede hacer uno?

Kent se pasó la mano por la cara. ¡ Marcianos!

«Mi sillón, mi sillón... para despertarme pronto», gimió.

El viento silbaba al ser desplazado por la veloz marcha del automóvil. A los pocos minutos, Kent notó que el vehículo perdía altura.

Pronto tocaron las ruedas el suelo de nuevo. Kent miró hacia su derecha. La joven continuaba desmayada.

Sintióse de repente invadido por una gran curiosidad. Si no se trataba de una pesadilla, la joven le aclararía lo que estaba pasando.

— Hemos llegado, señor — dijo el taxista.

Kent metió la mano en el bolsillo. De pronto, se acordó de la moneda marciana.

— ¿Qué clase de moneda acepta usted? — preguntó.

— Cualquiera, señor; yo no tengo manías.

Kent sacó su cartera y extrajo un billete. Los ojos se le desorbitaron.

¡ Era un billete de diez escudos, impreso en Marte!

Creyó que se desmayaba también, como la muchacha que tenía a su lado. El billete tenía unos grabados rarísimos, aunque la leyenda y las cifras estaban impresas en idioma terrestre.

— To... tome... guárdese la vuelta... —tartamudeó.

— Gracias, señor. ¿Le ayudo? —se ofreció generosamente el taxista.

— No; ya me apañaré como pueda. Muchas gracias, amigo.

Kent salió del auto y tomó a la joven en brazos. Cuando avanzaba hacia la puerta de su casa, el taxista le dijo:

— Tenga cuidado con los marcianos, señor.

— Sí..., gracias...

El taxi arrancó rápidamente, pero no se levantó del suelo. Kent permaneció allí unos instantes, bajo la nieve, contemplando las luces rojas de cola del vehículo, que disminuían de tamaño velozmente.

Luego giró sobre sus talones y avanzó hacia la casa. Con la chica en brazos, le costó un poco abrir la puerta, pero al fin lo consiguió.

«Truck» salió a su encuentro, meneando alegremente la cola. Kent sintió un gran alivio al ver al enorme perrazo.

— Por lo menos, me encuentro con alguien que no me habla de los marcianos — murmuró. Luego, en voz alta, dijo —: ¡Hola, «Truck»!

El danés se le acercó y olfateó a la joven. Luego, tranquilamente, volvió a su puesto en la alfombra, junto a la chimenea.

Kent depositó a la desconocida sobre un amplio y cómodo diván. El fuego se extinguía y echó un par de gruesos troncos.

Se quitó el abrigo y el sombrero, que lanzó a un lado. A continuación, fue a la cocina y puso la cafetera al fuego.

Volvió al salón. Ella continuaba sin conocimiento.

Kent le soltó el broche superior de la capa. Su rostro era muy bello y el pelo era de color claro, pajizo. El pecho de la joven se elevaba y descendía rítmicamente, con pausados movimientos.

Esperó unos minutos. Fue a la cocina, sacó la cafetera del fuego y preparó una bandeja con tazas, platos, azúcar y cucharillas, con la que volvió de nuevo al salón.

Entonces vio que ella tenía ya los ojos abiertos.

— Hola — saludó con expresión sonriente —. ¿Un poco de café?

La joven le dirigió una profunda mirada.

— ¿Puede decirme dónde estoy? —preguntó. Su voz era suave, acariciante, sin muestras de temor o asombro exagerados.

— Me llamo Kenton Larymer y soy abogado —se presentó él—. Usted disparó contra un tipo y luego se desmayó. Yo la recogí y la traje a mi casa, que era el lugar más cercano donde podía atenderla.

— Se lo agradezco infinito, señor Larymer — contestó la joven —. Me llamo Shena Matz.

— Shena — repitió él —. Un nombre raro, pero bonito. Me agrada. —Le paso una taza llena de café—. Esto le sentará bien.

— Gracias, señor Larymer.

Shena tomó el café, sentada aún en el diván. Kent observó la singular blancura de su piel, que, al reaccionar debido al calorcillo de la infusión, empezaba a tomar un leve tinte rosado.

Al terminar el café, Shena dejó el plato y la taza sobre una mesa cercana. Luego dirigió a Kent una larga mirada. Sus pupilas tenían una extraña coloración verdosa, muy clara.

— Me vio disparar contra aquel hombre — dijo.

Kent asintió.

— Y luego vi que el muerto se disolvía en un charco de agua — contestó.

— Era un marciano.

Shena hizo la declaración con una expresión de absoluta seriedad. De pronto, se puso en pie y dejó caer la capa sobre el

diván.

Kent parpadeó.

Era una muchacha espléndida. Vestía una especie de traje de baño, cerrado de cuello, sin ningún escote, carente de mangas y de perneras. El traje era de color azul oscuro y se ceñía prietamente a su cuerpo joven y bien formado.

Sus pies estaban calzados con unas botas altas, de medio tacón, pero no eran de un tipo corriente sino que, a partir del tobillo, la piel se ajustaba exactamente a la pantorrilla, terminando muy cerca de la articulación.

Pendiente del cuello llevaba una gruesa cadena de oro, de la que pendía un pesado medallón, que descansaba sobre un pecho opulento, de firmes curvas.

El medallón tenía grabadas unas extrañas figuras, las cuales Kent no pudo apreciar debido a la distancia que le separaba de la joven.

En torno a la cintura, delgada y flexible, llevaba un ancho cinturón negro, del que pendía la funda en que estaba guardada aquella enorme pistola que él había visto utilizar con tan terribles resultados. El conjunto, aparte su fantasía, resultaba indudablemente atractivo.

Shena se soltó la hebilla del cinturón y la dejó caer sobre el diván, al lado de la capa. Luego, con paso mesurado, se dirigió hacia la chimenea quitándose los guantes por el camino, y apoyó en la repisa un bien torneado brazo.

— Era un marciano — repitió.

Kent se puso en pie. Encendió un cigarrillo.

— Señorita Matz —dijo—, ¿puede decirme si sueño?

Ella le miró al fondo de los ojos.

—Está despierto, como yo —respondió—. No se trata de una pesadilla, sino de algo real, muy real... horriblemente real — subrayó con rotundo énfasis.

— Es curioso murmuró Kent —. Siempre considere las historias de la invasión de la Tierra por los marcianos como productos de la fantasía de algunos escritores de gran imaginación, pero nunca llegué a creer que esa invasión pudiera producirse realmente.

— No existe la menor duda, señor Larymer. Ellos están aquí — afirmó Shena.

— Y usted les combate.

— Sí.

— Sin ayuda.

— Estoy sola, señor Larymer.

— ¿Es usted la única que conoce lo de la invasión?

— No, creo que no..., pero ninguno ha querido ayudarme hasta ahora.

— Ah, luego ha pedido ayuda con anterioridad.

— Por supuesto.

Kent meneó la cabeza.

— Deben de ser muy poderosos —comentó.

— Lo son, señor Larymer.

— Y... ¿qué es lo que pretenden? ¿Establecer su propio gobierno sobre la Tierra y convertirnos en sus esclavos?

— ¿Puede imaginar otra cosa diferente?

— El hombre contra quien disparó, tenía un aspecto vulgar y corriente. ¿Cómo supo usted que era un marciano?

— Se lo demostraré en el acto.

Shena se apartó de la chimenea y volvió hacia el diván. Inclinándose, abrió la tapa de la funda y extrajo la pistola.

— Acérquese, señor Larymer — invitó.

Kent se aproximó a la joven. Ella le enseñó el arma.

— Observe — dijo —, éste es el visor. Cuando se mira a través de él, se ven las cosas tal como son. Sí se trata de un terrestre, no ocurre nada, pero si se trata de un marciano, entonces aparecen con su forma original, aunque hayan adaptado, como es lógico, la apariencia de un terrestre.

Kent contempló el visor, que no ofrecía nada de particular. Simplemente, era un tubito, con un sistema óptico bastante corriente, dotado de una cruz filar para la puntería.

— Y eso... ¿permite detectar a los marcianos? — preguntó con acento incrédulo.

— Sí, puesto que yo pude eliminar a uno de ellos.

— ¿Qué forman tienen?

— Es demasiado horrible para describirla, señor Larymer. ¿No vio que me desmayé después?

Kent hizo un gesto con la mano.

— Tendría que formularle una infinidad de preguntas, señorita Matz —declaró—. También a mí me han sucedido esta noche muchas cosas raras... una falsa llamada, un bar que ha cambiado repentinamente de emplazamiento, un taxi volador... y usted, sobre todo.

Shena permaneció silenciosa.

— ¿Quién le dio esa pistola? —preguntó Kent.

— No puedo decirlo — contestó la joven.

Kent metió la mano en el bolsillo y extrajo una moneda. Tras cerciorarse de que la imagen de Breggon V continuaba en el

anverso, se la enseñó a Shena.

— Son cinco escudos marcianos —dijo Shena sin vacilar.

— Lo sé. Pero lo que a mí me interesaría saber es quién me la metió en el bolsillo.

— ¿Cómo? ¿Acaso no se siente capaz de imaginarse la respuesta?

— Que yo recuerde, no he conversado hoy con ningún marciano.

—¿Cómo puede asegurarlo, si tienen un aspecto enteramente terrestre?

Kent parpadeó atónito.

— ¿Acaso alguno de mis amigos es marciano? Tengo pocos, pero todos son de fiar y hace años que los conozco.

Shena vaciló un momento.

— ¿Qué hizo usted durante el día de hoy? —preguntó al cabo.

Kent relató sus actividades, que correspondían por entero a una jornada normal.

— Luego llegué a casa, me senté frente a la chimenea, con una copa en las manos...

— Y se durmió.

Hubo una pausa de silencio.

— Es probable que me quedase traspuesto durante algunos minutos — admitió él finalmente.

— Entonces fue cuando le pusieron en los bolsillos moneda marciana — aseguró la joven muy seria.

— Pero ¿con qué objeto?

— Empiezo a sospechar que tratan de atraerle a su bando.

Kent pegó un respingo.

— Necesitan terrestres que colaboren con ellos, ¿eh? — gruñó.

— Así es, señor Larymer.

Kent miró a la joven con desconfianza.

— ¿Cómo sabe usted tantas cosas de los marcianos? — preguntó.

— ¡ Porque yo también soy marciana!

## Capítulo III

Casi tambaleándose, Kent se acercó al aparador de los licores, llenó una copa y la despachó de un trago.

— Us... ted... mar... cia... na... —tartamudeó, cuando, al fin, recobró el habla.

— Sí — confirmó Shena, con voz carente de inflexión.

— ¡Pero eso no es posible! ¡No hay marcianos! ¡No existe la vida en Marte! ¡Todo eso son fantasías... o yo estoy volviéndome loco! — gritó el joven con voz descompuesta.

Shena se acercó a Kent y le puso una mano sobre el brazo. Por primera vez desde que él la conocía, Shena dulcificó su gesto con una suave sonrisa.

— Ustedes, los terrestres, se sienten sumamente orgullosos de su planeta — dijo —. Admiten la posibilidad de vida en otros planetas, muy remotos, ciertamente, pero niegan que haya vida en Marte. ¿Cómo pueden afirmarlo, si jamás han estado allí?

— ¿Y usted sí?

— Puesto que procedo de allí.

Kent se sirvió otra copa.

— ¡Marciana! —exclamó, entre trago y trago. De pronto se volvió a mirarla y dijo—: ¿Cómo ha venido a la Tierra?

— Por favor, no me obligue a revelar algo que todavía es secreto — contestó Shena.

— ¿Saben ellos que usted está aquí?

— Supongo que sí, aunque todavía no han podido hallarme.

— ¿Qué pasará si la encuentran?

— Me devolverán a Marte... o me matarán.

La voz de Shena era normal, tranquila.

— No comprendo su calma. Usted se desmayó, tras haber disparado contra el marciano...

— Era la primera vez que lo hacía. Compréndalo, no resultó fácil tomar una decisión tan rotunda.

— Entiendo. La reacción consiguiente le hizo perder el conocimiento.

— Exactamente.

— Luego llegó un taxi. El taxi echó a volar.

— ¡ Naturalmente!

Kent se quedó mirándola como si viese visiones.

— ¿Encuentra usted natural que un automóvil de cuatro ruedas, movido por gasolina, pueda elevarse en el aire como los aviones? —

preguntó.

— Si el conductor era marciano, desde luego.

— Pero... ¡Oh, Dios mío, creo que voy a volverme loco! — gruñó Kent, cuyo desconcierto aumentaba por momentos —. Si el chófer era un marciano, ¿cómo no nos hizo nada... al menos a usted?, puesto que asegura ser su enemiga?

— ¿Cree que ellos no tienen también sus limitaciones? El conductor pudo hacer volar el taxi, pero ello no significa que hubiera de reconocerme. Simplemente, vio a un caballero que atendía a una dama en apuros.

Kent se pasó una mano por la cara.

— ¿Y el bar trasladado de sitio? —preguntó.

— Explíqueme el caso, por favor — rogó Shena.

Kent lo hizo así. Ella meditó unos momentos y, al fin, dijo:

— Estoy segura de que el barman deseaba trasladarse a aquella esquina y ellos le complacieron.

— El barman dijo que el sitio donde estaba antes, era mejor.

— ¿Conoce bien la ciudad? —preguntó Shena.

— Bastante bien — contestó él.

— ¿Qué había antes en el sitio donde ahora está el bar?

Larymer hizo un esfuerzo para recordar.

— Una perfumería, creo —dijo.

— En tal caso, lo más probable es que el dueño de la perfumería quisiera trasladarse a otro sitio, donde el mayor tránsito pudiera aumentar sus ventas. Ellos satisfacieron sus deseos, eso es todo.

— Perjudicando al barman.

— Es obvio, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

— Y usted ha venido a combatirlos.

— Sí.

— ¿Por qué, si también es marciana?

— Permítame que sea discreta por ahora, señor Larymer —rogó ella.

Kent la contempló fijamente durante unos segundos. Luego, de repente, exclamó:

— ¡Yo estoy soñando! ¡Estoy padeciendo una pesadilla y voy a despertarme ahora mismo! ¡Ya lo creo que me voy a despertar!

Giró sobre sus talones y echó a correr hacia la salida. Cruzó la puerta y corrió hacia la leñera del jardín, donde sabía que tenía un mazo de madera entre sus herramientas.

Con el mazo en la mano, regresó al salón. Shena retrocedió un paso al verle entrar.

— No tema —dijo él, sonriendo extrañamente—; no pienso

causarle ningún daño. Sólo pretendo darme un buen golpe, a ver si así me despierto.

Shena lanzó un grito de alarma.

— ¡No...!

Era ya tarde. El mazo, movido con resolución, aunque con no demasiada fuerza, golpeó el cráneo de su dueño.

Kent lanzó un gruñido. Luego cerró los ojos y se desplomó al suelo.

* * *

La almohada se movió y emitió un ronquido peculiar. Kent se agitó, murmurando entre dientes algunas frases inconexas. De pronto, sintió un vivo dolor de cabeza.

— ¡ Qué dura está la cama hoy! — dijo.

Algo chasqueó cerca de él. Abrió los ojos y se vio tendido en el suelo, sobre la alfombra, al lado de la chimenea y con la cabeza apoyada en los flancos del danés.

El tronco chasqueó por segunda vez, al partirse definitivamente, enviando a lo alto una miríada de chispas. Kent observó que tenía el cuerpo cubierto por una manta.

— Debí de quedarme dormido anoche...

Súbitamente, se sentó en el suelo. La memoria de

lo ocurrido la víspera acababa de volver de golpe a su mente.

Miró a su alrededor, con la manta aún sobre las piernas. Una luz grisácea penetraba ya por las ventanas del salón.

— ¡Shena! —llamó.

«Truck» se puso sobre sus cuatro patas y se desperezó voluptuosamente. Kent se incorporó de un salto.

Corrió hacia el dormitorio. Estaba seguro de que Shena había ocupado su cama, para pasar allí la noche, dada la inclemencia del tiempo.

La cama estaba vacía, intacta.

Kent frunció el ceño. De pronto, recordó otro detalle.

Se hurgó en los bolsillos, revisó su cartera.

Las monedas y los billetes eran corrientes y comunes. Nada de efigies de Breggon V.

Lentamente, se acercó a la ventana. El jardín y la calle estaban cubiertos por una espesa capa blanca. El silencio era absoluto.

Una amplia sonrisa apareció en sus labios.

— Lo que yo decía, todo fue un sueño —murmuró —. ¡ Uf, menos mal que ya estoy despierto del todo!

Y sin más, se dirigió al cuarto de baño, quitándose la ropa por el camino.

Una vez seco, se afeitó rápidamente. Luego buscó un peine y se lo pasó por los revueltos cabellos.

Entonces notó un bulto en la parte derecha de su cabeza.

— ¡ El mazazo! —gritó.

Corrió hacia el salón. El mazo yacía aún sobre la alfombra.

Un vivo terror invadió su ánimo. Así, pues, no era ningún sueño...

Trató de calmarse. Había que buscar una explicación para la presencia del mazo en el salón.

— Sin duda — se dijo—, la pesadilla fue tan viva, que salí como un sonámbulo en busca del mazo, volví a la sala y me golpeé la cabeza. Pero, ¿quién diablos me cubrió con la manta después de haber perdido el sentido?

Se apretó las sienes con las manos.

— ¿Voy a volverme loco? — gritó.

Pasaron algunos minutos. Kent no sabía qué pensar. Buscó otra solución.

— Sí, el golpe que me di en estado de sonambulismo me atontó, pero luego, medio inconsciente, busqué la manta y...

Chasqueó los dedos. Ya tenía la solución definitiva.

Fue a la cocina y se preparó el desayuno para él y para «Truck». Los poderosos dientes del animal hicieron crujir los huesos, mientras él consumía café y tostadas.

Estaba terminando, cuando oyó llamar a la puerta. Corrió a abrir, lleno de una extraña esperanza, que pronto se vio frustrada.

Una mujer de mediana edad entró, sacudiéndose el abrigo.

— ¡ Qué tiempo tan infame, señor! — saludó —. Claro que estamos en invierno y... ¿Ha pasado bien la noche, señor?

— Perfectamente, Marta — contestó el joven. Marta Jones era la mujer que le aseaba la casa todos los días—. He dormido como un lirón. ¿Le ha costado mucho venir?

— No, las quitanieves están limpiando ya las calles, aunque hay que andarse con mucho cuidado, si no se quiere ir al hospital con una pierna rota. Con su permiso, señor...

Marta avanzó hacia la cocina, mientras Kent se quedaba en el salón. Todo aparecía normal, todo estaba tranquilo, todo había sido un sueño.

Recordó el nombre de la joven marciana. Shena Matz.

— Vamos a ver si figura en la guía telefónica — se dijo.

Abrió el libro y buscó en la letra M. Se quedó helado de espanto.

«Matz, Shena, calle River, 801, número LE-9917».

Las piernas se negaron a sostenerle y cayó sobre un sillón.

—Ella vive... reside en la ciudad... —balbució, aterrado.

Trató de serenarse. ¿No habría oído el nombre de Shena a alguno de sus conocidos durante la víspera y ello se había grabado en su subconsciente, apareciendo más tarde durante la víspera?

Tras algunos segundos de reflexión, agarró el teléfono y comenzó a hacer llamadas.

Medio hora después, había recibido una veintena de respuestas.

Todas negativas. Ninguno conocía a Shena Matz.

— Entonces, ¿de dónde me he sacado yo ese nombre?

Miró el teléfono con infinito respeto. Se le ocurrió que podría llamar al número indicado en la guía, pero de pronto pensó que lo mejor era desplazarse hasta el número 801 de la calle River.

Daría una sorpresa a Shena... La marciana.

— Pues para haber nacido en Marte, no se puede negar que es toda una belleza — murmuró sonriendo.

Terminó de vestirse, se despidió de Marta y salió a la calle.

A los pocos pasos, detuvo a un taxi.

— Lléveme a la calle River, ochocientos uno — indicó . Por favor, no vuele —dijo maliciosamente.

El chófer se echó a reír.

— Con este pavimento, tendré que ir a paso de carreta, señor — contestó.

Kent contuvo el aliento durante unos minutos, hasta que vio que el taxi rodaba normalmente, aunque con las lógicas precauciones debidas al suelo resbaladizo. De pronto, vio que entraban en la calle

MacPherson.

Se inclinó hacia adelante.

— Refrene un poco la marcha al pasar por el cruce de la Tercera —pidió.

— Está bien, señor.

El taxi aminoró su ya escasa velocidad pocos minutos más tarde. Kent pudo ver que la perfumería continuaba en su sitio.

Se reclinó en el asiento. ¿Y el bar?

De nuevo varió las indicaciones.

— Espere — dijo —. En lugar de ir directamente a la calle River, será mejor que pasemos por el cruce de las calles Veintidós y Coronado.

— Muy bien, el patrón manda — contesto el chófer con sorna.

El bar apareció a los pocos minutos.

— Deténgase en la esquina y espéreme, por favor.

— Bien, señor.

Kent se apeó del automóvil, cruzó la acera y entro en el bar.

El local estaba bastante concurrido. La mayoría de los clientes eran hombres que tomaban una taza de café antes de entrar en el trabajo.

Ahora había dos individuos atendiendo al mostrador. Uno de ellos era el barman que la víspera había rechazado la moneda de cinco escudos.

Kent se acercó lentamente a la barra y esperó a que vinieran a tomarle el pedido. Al cabo de unos momentos, vino el barman de cara melancólica.

Los dos hombres se miraron. Por la expresión de su rostro, Kent comprendió que el barman le había reconocido en el acto.

## Capítulo IV

Kent encargó una taza de café. El barman movió la cabeza afirmativamente.

— Ahora mismo, señor.

El barman se alejó, para volver a poco con la taza en las manos.

— Su café, señor —dijo con voz inexpresiva.

Kent puso una moneda sobre el mostrador.

— No es marciana — murmuró.

La cara del barman tomó un tinte terroso. Inclinándose hacia adelante, susurró:

— Ahora, no, por favor. Más tarde...

Kent comprendió que el sujeto quería explayarse con él. Asintió con leve gesto.

— ¿Cuándo? —preguntó en el mismo tono.

— A la noche..., a la misma hora que ayer.

— ¿Y en el mismo sitio?

El barman no pudo contestarle. Una voz bronca sonó con trémolos irritados:

— ¡Jake, maldita sea, déjate de charlas y atiende a la clientela!

— Es mi socio —dijo precipitadamente el barman; y se alejó.

Kent sorbió pensativamente el café. Luego, con paso calmoso, salió a la calle.

El taxi continuaba aguardando. Kent entró en el vehículo y dijo:

— Siga.

— Sí, señor.

Diez minutos después, llegaban a su destino. Kent abonó el importe de la carrera y saltó al suelo.

Levantó la vista. El número 801 era una casa de bastantes pisos y apariencia corriente, propia para viviendas de empleados y gentes pertenecientes a la clase media.

Entró en el portal. Había un conserje atendiendo a una mujer y Kent esperó a que le llegase el turno. Entonces preguntó por el piso de Shena Matz.

— Octavo, letra E — le informaron.

Kent agradeció la información y se dirigió al ascensor. Momentos después, salía en el corredor del piso octavo.

Buscó la letra E. Cuando la halló, tocó el timbre.

Esperó medio minuto. Empezaba a desconfiar de hallar a Shena, cuando se abrió la puerta.

Una mujer de mediana edad, robusta y ampulosa y de expresión

seria, le contempló con aire de desconfianza.

— ¿Qué desea? —preguntó sin amabilidad.

— Busco a la señorita Matz. Me han dicho que vive aquí.

— Es cierto, pero ahora no está — contestó la mujer.

Kent no se arredró por la respuesta negativa. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete.

— Tal vez usted pueda decirme dónde se encuentra ella ahora — murmuró con voz insinuante.

La mujer contempló el billete y se encogió de hombros.

— Es perder el tiempo —contestó—. Yo sólo soy la mujer que le limpia el piso. Ella trabaja, pero nunca me ha dicho dónde ni tampoco me interesa, ésta es la verdad.

Frustrado, Kent se mordió los labios.

— Tendré que volver más tarde —dijo.

— A su gusto —contestó la mujer—. Buenos días, señor. — Y cerró la puerta.

Kent se quedó en aquel lugar con aire desconcertado, sin saber qué decisión adoptar. Los acontecimientos de la víspera, de los que aún no estaba seguro se habían producido realmente, le habían quitado todas las ganas de trabajar.

De pronto, se le ocurrió una idea. Sería cuestión de tener paciencia, pero quizá, poniendo en práctica aquella idea, pudiera conseguir algo.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Mientras fumaba, se registró los bolsillos, buscando un papel que pudiera servir para sus propósitos. Al final, tuvo que recurrir a arrancar dos hojas de su agenda de notas.

Las dobló juntas a lo largo por dos veces, formando así una especie de cartulina de cierta consistencia. Luego escribió unas líneas en otra hoja y la arrancó.

Volvió a llamar al timbre. La mujer apareció a los pocos momentos.

— ¿Otra vez usted? — dijo.

Kent le entregó la nota.

— Deje esto en donde la señorita Matz pueda verlo, por favor — pidió, con la mejor de sus sonrisas, a la vez que alargaba un billete de cinco dólares—. Es una nota para que se ponga en contacto conmigo por teléfono.

El billete humanizó la cara de la mujer.

Está bien, así lo haré, señor — contestó con más amabilidad. Y cerró la puerta.

Entonces, Kent, con gesto veloz, introdujo los papeles doblados

en la parte de la cerradura, impidiendo así el ajuste del pestillo. Por la parte interior, la puerta debía parecer cerrada correctamente.

Aguardó unos cuantos minutos. Luego hizo girar el pomo y asomó cautelosamente.

Por el ruido, la mujer debía de estar en la cocina, fregando la vajilla. Kent se introdujo rápidamente, recogió los papeles doblados, que habían caído al suelo y cerró sin hacer el menor ruido.

Una vez adentro del piso, se encontró en un saloncito de recibir, amueblado con gusto y distinción, aunque sin lujos excesivos. Junto a una ventana, pero separado de ella por un espacio de un metro de anchura, había un largo y cómodo diván, cuya tapicería llegaba hasta el suelo, ocultando las patas por completo.

Kent pasó al otro lado y se tendió en el suelo cuan Largo era. En esta posición aguardó hasta que la mujer salió, vestida ya con ropas de calle.

La puerta se cerró. Sin embargo, Kent supo dominar su impaciencia unos cuantos minutos, para estar seguro de que nadie vendría a interrumpirle. Al cabo de un rato, se levantó y empezó a registrar la casa.

Si era cierto que Shena estaba empleada en alguna parte, Kent no pudo encontrar el menor rastro que le indicara en qué consistía la colocación de la joven Ello le extrañó sobremanera.

Resultaba raro, según su manera de pensar, que Shena no tuviese en casa nada que pudiera dar a entender cuál era su trabajo y el lugar del mismo. Un sobre de paga habría bastado… pero ni eso pudo encontrar.

El armario ropero contenía una buena cantidad de trajes. Kent encontró la capa escarlata y el traje que parecía de baño, así como las botas altas y los guantes negros hasta el codo. Una extraña indumentaria para salir a la calle en medio de una intensa nevada.

¿Y la pistola?, se preguntó súbitamente.

¿También había sido un sueño?

Él había visto morir disuelto al marciano. Posteriormente, Shena le había enseñado el arma, con su visor detector de marcianos. ¿Dónde estaba la pistola.

Dejó el dormitorio y pasó a otra habitación, que tenía todo el aspecto de gabinete de trabajo. Había una mesa, varias sillas, una estantería con libros, una mesita con máquina de escribir y algunas litografías con grabados de época.

El registro resultó infructuoso. Despechado, Kent se dispuso a salir de la casa.

De pronto, se le ocurrió dejar una nota escrita. Quería que Shena

volviera a ponerse en contacto con él.

Al lado de la máquina había un mazo de cuartillas. En una de ellas vio unas palabras escritas que llamaron su atención.

«El abandono total de la ciudad de Witherney se debió a...»

Kent no había oído aquel nombre en su vida ni creyó que tuviese demasiada importancia. Apartó la cuartilla y sacó otra en blanco.

Insertó el papel en el rodillo y escribió rápidamente. Mientras lo hacía, percibió un raro sonido en las teclas.

Frunció el ceño. Parecía como si la máquina estuviese situada sobre un hueco.

Obedeciendo a una repentina inspiración, levantó la máquina. Un buen trozo de la superficie de la mesa se levantó con ella, dejando al descubierto una oquedad capaz de contener una pistola marciana.

Kent contempló largamente la pistola. Junto al arma divisó varias monedas y billetes marcianos.

Así, pues, lo que le había ocurrido no era un sueño.

El bar había sido cambiado realmente de sitio, Shena había matado al marciano, él había viajado en un taxi volador...

De pronto, sintió un vivo terror.

¡Los marcianos estaban en la Tierra!

Pensó en denunciar el hecho a las autoridades, pero, ¿quién iba a creer sus declaraciones?

— Me encerrarían en un manicomio inmediatamente.

Tomó la pistola y la contempló con infinito respeto. ¡ Disolvía a los hombres!

¿O sólo a los marcianos?

Súbitamente, un ligero ruidito llamó su atención.

Alguien había entrado en la casa. Kent se puso en pie, sin darse cuenta de que tenía la pistola en las manos.

Sonaron pasos cautelosos. Por el ruido, apenas perceptible, Kent dedujo que no era Shena.

Levantó el arma, al percatarse de que la tenía asida por la culata. Un hombre apareció bajo el dintel de la puerta.

El recién llegado sintió una viva sorpresa al encontrarse ante un desconocido, con cuya presencia no había contado, indudablemente.

Kent miró a través del visor.

¡ Era un marciano!

Resultaba una visión horripilante. El intruso metió la mano en el bolsillo de su abrigo terrestre y trató de sacar un objeto.

Casi instintivamente, Kent apretó el gatillo del arma. Salió un

chorro de luz, que le cegó durante unos segundos, y el marciano retrocedió un par de pasos, tambaleándose como un beodo.

Luego se reprodujo el proceso ya conocido por Kent. Sesenta segundos más tarde, sólo quedaba en el suelo un charco de algo que parecía agua.

Kent se sintió mareado. Las piernas se negaron a sostenerle y hubo de buscar una silla para no caer redondo al suelo. Entonces comprendió el desmayo de Shena.

Pasaron unos minutos. Kent se atrevió a mirar hacia el sitio donde había caído el marciano.

El suelo estaba completamente seco. Haciendo un esfuerzo de voluntad Kent se puso en pie.

Dejó la pistola en su sitio. Luego abandonó el piso. Ahora, Shena ya tenía la nota. Esperaba que ella le llamase por teléfono.

Por el momento, era todo lo que podía hacer. Fue a su despacho y tras excusarse por la tardanza con su secretaria, dio comienzo a la jornada ordinaria.

Atendió a los asuntos pendientes con su eficiencia acostumbrada, pese a que tenía la mente ocupada por otro de muchísima mayor importancia. Al terminar la jornada, se puso el abrigo y se dispuso a salir.

Shena no había llamado. Pensó que tendría la llamada anotada en la grabadora automática del teléfono de su casa. En todo caso, si ella no había dado señales de vida, él la llamaría por teléfono.

En el momento de salir, se encaró con su secretaria.

— Mary, ¿usted cree en los marcianos? — preguntó.

La joven le miró con ojos de pasmo.

— ¿Es una broma, señor Larymer? —preguntó.

Kent meneó la cabeza, a la vez que sonreía.

— Sí, es una broma. Perdóneme, Mary —contestó.

— No hay de qué, señor Larymer. ¿Queda algo pendiente?

— Por hoy, nada más, Mary. Hasta mañana.

¿Qué hubiera dicho la secretaria, si él hubiese confesado que aquella misma mañana había dado muerte a un marciano?

Regresó a su casa. Cuando llegó, «Truck» le recibió con las acostumbradas muestras de alegría. Kent le acarició la cabeza y luego encendió la chimenea.

La grabadora del teléfono contenía dos mensajes sin importancia. Kent torció el gesto. Shena no debía de haber llegado aún a su casa.

El timbre del teléfono sonó repentinamente. Kent se abalanzó sobre el aparato con el ansia de un náufrago.

— Casa del abogado Larymer —dijo.

— Señor Larymer, le habla el encargado del taller de reparaciones —dijo una voz masculina—. Hemos ido a recoger su coche, tal como usted nos indicó este mediodía.

Kent asintió. Así había ocurrido; sólo hasta bien entrada la mañana se había acordado de que tenía su automóvil abandonado.

— ¿Está reparado? —preguntó.

— ¿Reparado? ¡ Santo Dios, no tenía ninguna avería!

# Capítulo V

Con un vaso largo en la mano, Kent se paseó por el salón, mientras los troncos ardían alegremente en la chimenea.

— Los coches tienen cosas raras a veces —se dijo al final, tras una serie de absurdas especulaciones sobre los motivos que habían causado la detención del vehículo.

¿Y si realmente había existido la avería y luego «alguien» la había reparado, dejando el auto en condiciones, antes de que llegasen los del taller de reparaciones?

Era para volverse loco. ¿Había marcianos en la Tierra? ¿No los había?

¿Y si el visor de la pistola fantástica producía visiones también fantásticas... y el supuesto marciano era un terrestre genuino?

Sintió frío. En ese caso, él sería un asesino.

Ciertamente, no encontrarían cuerpo del delito, pero el hecho estaba en su conciencia y nada podía borrarlo.

Había dado muerte a un hombre, marciano o no. Sí, parecía como si éste hubiese querido atacarle, pero él no había visto ningún arma... y ¿qué clase de pistola era aquélla que disolvía todo, absolutamente todo? Prendas de ropa, metales, sustancia orgánica...

Terminó el contenido del vaso de un golpe y se dirigió al teléfono.

Aguardó largo rato. Al otro lado, el timbre sonaba, pero nadie contestó.

— O no ha vuelto a casa o no quiere contestar — fue la deducción inmediata.

Y ya, sin más demora, se puso un calzado adecuado, se encasquetó el abrigo y buscó un recio chaquetón corto, forrado de piel. «Truck» se levantó de la alfombra.

Kent le pasó la mano por la enorme cabezota.

— Lo siento, muchacho — dijo, como si el can pudiera entenderle—; hoy no puedo llevarte de paseo.

«Truck» se tendió de nuevo en el suelo. Kent se dirigió hacia la puerta y salió al jardín.

El cielo, aun de noche, se veía encapotado, cubierto por una densa capa de nubes ventrudas y plomizas. Nevaría otra vez.

Caminó a buen paso. La circulación era prácticamente nula, de modo que tuvo que recorrer a pie los ochocientos metros que le separaban del cruce de la calle Tercera con la de MacPherson.

Al llegar allí, se detuvo en seco.

La perfumería había desaparecido. El bar ocupaba de nuevo el mismo sitio.

Las vidrieras estaban brillantemente iluminadas y a través de las mismas se divisaban un par de siluetas.

Kent esperó en una esquina, con las manos en los bolsillos del chaquetón. Al cabo de un buen rato, dos hombres salieron, se despidieron en la puerta y se alejaron en distintas direcciones.

Kent avanzó y cruzó la calle. Empujó la puerta del local.

El barman le miró largamente desde el otro lado de la calle.

— Buenas noches, señor — saludó.

— Hola, Jake —dijo Kent—. Creo que ése es su nombre, ¿verdad?

— Jake Lerston, señor…

— Larymer, Kent Larymer — se presentó el joven —. Café y coñac, como anoche, por favor.

— Al momento, señor Larymer.

Kent se desabrochó el chaquetón y se acomodó en un taburete.

— ¿Qué tal ha ido el traslado, Jake? —preguntó.

— Bien, no puedo quejarme, señor — contestó el barman, mientras manipulaba en la cafetera.

— ¿Lo han comentado los clientes?

— Como éste es otro barrio…

— Pero, ¿no han dicho nada de la perfumería que había aquí? Esta mañana la he visto yo mismo, Jake.

— A mí no me han dicho nada, señor Larymer. La gente del barrio habrá pensado que el dueño de la perfumería habrá traspasado el negocio, digo yo.

Kent asintió pensativamente.

Podía ser una razón. La gente no solía ocuparse más que de sus propios asuntos. Pero, ¿no había un motivo poderoso en el fondo de aquellos traslados que no parecían tener sentido alguno?

Jake vino con la taza de café y la botella de coñac.

— ¿Admite hoy moneda marciana? — preguntó Kent en broma.

— Si la lleva encima, ¿por qué no, señor Larymer?

— Anoche dijo que todavía no circulaba.

— Sí, y menuda bronca me pegaron luego por no haberle aceptado los cinco escudos —se quejó el barman.

— ¿Quiénes? ¿Los marcianos? —preguntó Kent sonriendo.

— ¡ Claro! ¿Quiénes iban a ser, si no?

— ¿Los vio usted?

— No. Me llamaron por teléfono… bueno, me llamó uno de ellos.

Kent frunció el ceño.
— Jake, ¿de veras cree usted que hay marcianos en la ciudad?
Larsten se encogió de hombros.
— Si no hubiera marcianos, ¿cómo se explicarían las cosas que están pasando? Nosotros, los terrestres, no podemos cambiar un bar de sitio en un santiamén, señor Larymer.
— Está bien. Admitamos su existencia. ¿Qué piensa hacer al respecto? ¿Denunciarlos a las autoridades?
— Ya fui ayer y no me hicieron caso. No tengo ganas de que me encierren por loco —contestó Jake disgustadamente—. Además, ¿quién sabe si también los policías son marcianos?
Kent evaluó aquella posibilidad.
— Sería terrible que se hubiesen infiltrado en las fuerzas del orden — dijo.
— Bueno, si yo pensara invadir un país sin que sus habitantes se diesen cuenta, eso sería lo primero que haría — dijo Jake.
— ¿Vio usted anoche lo que pasó? — preguntó Kent.
— Sí, desde luego.
— El marciano murió disuelto.
— Sí.
— Luego ella se desmayó. Fui a traerla al bar, pero usted había apagado ya las luces.
Jake meneó la cabeza.
— No apagué las luces. Me volvieron a mi sitio — respondió sorprendentemente.
Kent se pasó una mano por la cara. ¿Continuaba la pesadilla de la víspera?
Pero no había habido tal pesadilla. Todo había ocurrido realmente.
— ¿Y después? —preguntó.
— Nada, normal —respondió Jake lacónicamente—. Fue más tarde cuando me echaron el rapapolvo acerca de la moneda.
Kent sonrió.
— Esta noche no le dirán nada — manifestó, a la vez que metía la mano en el bolsillo—. Le daré moneda nacional...
De repente se puso rígido. Acababa de notar, al tacto, el desusado tamaño de una de las monedas que tenía en el bolsillo.
— Creo que no llevo suelto — dijo con voz insegura,
— Es igual; ya me pagará mañana.
Kent sacó la billetera y examinó su interior,
¡ Todo el papel era marciano!
Tragó saliva. ¿Quién y cuándo había efectuado la sustitución?

— Sí, tiene razón; le pagaré mañana, Jake. Es usted muy amable.

De pronto, se oyó un ruidito curioso en el exterior.

— Vaya, ya están cayendo otra vez los cristalitos — rezongó el barman.

Kent dio media vuelta y se precipitó hacia la salida.

Desde el umbral, presenció aquel singular espectáculo en la calle nevada, cuya parte central estaba relativamente limpia y despejada. Extendió la mano y recogió en ella un par de cristales.

Al tacto los encontró tibios. Se preguntó qué objeto podrían tener... porque no tenía la menor duda de que aquella singular lluvia era artificial.

Tocó uno de los cristales con la yema del dedo. Su espesor no alcanzaba siquiera al medio milímetro. A los pocos segundos, se convirtió en agua.

Kent olfateó el líquido. No se atrevió a probarlo con la punta de la lengua, pero le pareció que era inocuo. Al menos, no tenía ningún olor.

Los cristales continuaron cayendo durante un minuto largo. Luego fueron sustituidos por copos de nieve auténticos.

— ¿Qué le parece, Jake? —preguntó, por encima del hombro.

Jake permaneció callado. Kent se volvió. Creía que el barman le había seguido hasta la puerta de la calle.

Inmediatamente, se puso a temblar.

Ya no estaba el bar. La perfumería ocupaba de nuevo su sitio.

Sin saber qué hacía, dio dos pasos vacilantes. ¿Qué ocurría allí?

Y, de pronto, vio a Shena.

La joven estaba parada en una esquina próxima, vestida de la misma forma que la noche anterior.

— ¡Shena! —gritó, a la vez que corría hacia ella.

Shena volvió la cabeza. Kent la alcanzó.

— Escúcheme, la he llamado muchas veces... — dijo atropelladamente.

Shena no contestó. Kent se dio cuenta de que parecía como ausente de la realidad.

¿Estaba drogada?

— ¡Shena! ¡Shena! —repitió a voces.

La joven se estremeció súbitamente.

— ¡ Kent! — murmuró con voz apagada.

— Sí, soy yo, Kent Larymer. ¿Me oye usted, Shena? Contésteme, por el amor de Dios...

El ruido del motor de un automóvil se dejó oír de pronto. Kent

giró la cabeza y advirtió el distintivo de un taxi.

Levantó la mano agitándola fuertemente.

— ¡Taxi, taxi!

El conductor se desvió, arrimándose a la acera. Su conductor sacó la cabeza por la ventanilla.

— Entren —dijo.

Kent dio un paso hacia adelante, casi arrastrando a Shena por un brazo. De pronto frenó su avance en seco.

¡Aquel conductor era el mismo que la noche anterior le había llevado volando a su casa!

Kent actuó casi impensadamente. Abrió la portezuela, metió una mano y agarró al chófer por el brazo, lanzándolo al arroyo.

— ¡ Marciano! — gritó, como un apostrofe insultante.

El chófer rodó por el suelo aparatosamente, jurando con verdadero estruendo. Fue a levantarse y Kent se dispuso a darle una patada en la cara.

Entonces, Shena gritó:

— ¡No, déjelo!

Kent se volvió hacia la muchacha. De pronto, Shena alargó su mano enguantada.

— ¡ Venga, corra!

Kent la siguió instintivamente, despreocupándose del chófer, que estaba poniéndose en pie, murmurando mil maldiciones, a la vez que se esforzaba en limpiarse parcialmente las ropas. El joven pudo darse cuenta de que Shena parecía haber recobrado todas sus facultades, a juzgar por la velocidad de su carrera.

A unos treinta pasos de distancia, Shena se desvió lateralmente, metiéndose en un portal abierto.

— Ésta no es su casa — dijo Kent.

Ella no contestó. Acentuó su presión y tiró de Kent hacia sí.

Bruscamente, un gran relámpago disipó las sombras de la noche. Se oyó un terrible alarido y, acto seguido, una formidable explosión.

Kent se encogió instintivamente. Cuando tuvo ánimos para asomar la cabeza, vio que el taxi ardía en pompa en el mismo sitio donde había detenido. Junto al vehículo, se veía en el suelo nevado una sombra negra, completamente inmóvil.

— Ellos, los marcianos, le han matado — dijo Shena con sombrío acento.

Kent salió de la cocina, con la bandeja en las manos. Llenó las tazas de café y entregó una a la joven.

Shena estaba sentada ahora sobre la alfombra, junto al fuego. «Truck» apoyaba en ella su hermosa cabeza, con gesto pleno de confianza.

— Le ha tomado confianza — dijo sonriendo.

— Sí — contestó ella —. Es un perro magnífico. Me gusta, Kent.

— Casi es un cachorro todavía. Cuando tenga hijos, le regalaré uno.

— Lo aceptaré reconocida — dijo Shena, con una graciosa inclinación de cabeza.

Habían podido escapar del lugar del suceso, antes de que llegaran las patrullas de la policía. La explosión y el subsiguiente incendio del taxi no podían pasar desapercibidas.

— ¿Fueron ellos? —preguntó Kent al cabo de unos momentos.

Shena asintió.

— No pudieron ser otros — contestó.

— Pero ¿por qué? Anoche no le hicieron nada hostil...

— Usted le reconoció hoy. Cuando vieron que le sacaba a la fuerza de su taxi, comprendieron que iba a hacer algo que no les convenía y lo mataron.

— Eso significa que nos vigilaban.

— Justamente.

— Y ahora saben que estamos aquí.

— Ya no es tan seguro — alegó Shena —. Recuerde que, para no enfrentarnos con la policía, seguimos un camino distinto. Tal vez les desconcertamos.

— Es posible — admitió Kent. Se frotó la mandíbula—. El taxi voló anoche. Debía de tener en su interior algún misterioso aparato que le permitió alzarse del suelo.

— De eso no cabe la menor duda, pero ahora, ese aparato, ha quedado destruido.

— Hay muchas cosas por aclarar — suspiró el joven—. ¿Por qué elegirían ellos precisamente a ese desdichado taxista?

— ¿Y si era un marciano?

Kent se estremeció.

— ¿Cómo? ¿Los cree capaces de matar a sus propios congéneres, en lugar de socorrerles cuando están en un apuro?

— Las pruebas son contundentes, ¿no?

— La policía hará que se practique la autopsia al cadáver. Entonces verán que no es terrestre.

— Estoy segura de que ellos sabrán obviar ese inconveniente, si no lo han hecho ya. Recuerde que echamos a correr antes de que sonaran las primeras sirenas.

— Es cierto —convino el joven—. Dígame, Shena, ¿son tan poderosos como para poder cambiar a las personas y a las cosas de sitio?

— Sí — contestó la joven.

Kent se estremeció.

— Entonces, si no los derrotamos, que Dios se apiade de nosotros — exclamó.

— ¿Piensa darse por vencido de antemano? Recuerde que sus facultades tienen un límite; aunque no tengan nuestra misma figura, también son humanos, Kent.

— Sí, pero si se nos anticipan... ¿Sabe si hay muchos en la ciudad?

— No puedo facilitar una cifra, aunque, de todas formas, no creo que su número sea elevado. — De pronto lanzó al joven una penetrante mirada— Kent, tenemos que derrotarlos... y hemos de hacerlo sin publicidad, sin que nadie se entere.

Kent arrugó el entrecejo.

— ¡Hum! Dificililla va a ser la cosa, cuando hay varias personas que están en el secreto.

— No parece que lo hayan divulgado, creo yo — objetó Shena.

— En eso, llevamos cierta ventaja. Los que lo saben, temen hablar, pero no por temor a los marcianos, sino porque no quieren ir a parar a un manicomio.

— Exactamente. Usted, ¿a cuántos le ha confiado lo ocurrido?

— Bueno, puede decirse que a nadie... Pero ¿cómo es que se han enterado tan pocos?

— No lo sé — contestó Shena —. Quizás es que no les conviene un despliegue de fuerzas antes de tiempo.

— ¿Quiere decir que están estudiando el terreno, antes de lanzarse a la invasión total?

— Es muy posible, Kent.

Hubo una pausa de silencio. Kent se dio cuenta de que el fuego amenguaba y colocó dos troncos en la chimenea.

— Shena, hoy estuve en su casa — dijo luego.

— Sí.

— Encontré su pistola. Vino un marciano y lo maté.

— Conocen mi escondite. Tendré que mudarme — dijo Shena

reposadamente.

— Puede quedarse en mi casa todo el tiempo que lo desee — invitó el joven.

— Me lo pensaré —contestó ella—. Así que mató a un marciano.

— Creo que él quería atacarme. Tenía su pistola en la mano y disparé.

— Eso significa que estuvo registrando mi casa.

— Lo siento, pero es así. Cuando me desperté hoy, creí que todo lo que me había ocurrido la víspera era una pesadilla. Sólo cuando me vi cubierto con una manta...

Shena sonrió.

— Se la puse yo, después de que se pegó el mazazo — dijo.

— Ya lo había pensado — contestó Kent—. Bien, al advertir ese detalle, se me ocurrió buscar en la guía telefónica. Encontré su nombre y su domicilio, eso es todo.

— Y quiso averiguar más cosas de mí.

— Justamente.

Shena volvió los ojos hacia él fuego.

— Por ahora —dijo—, no puedo ser más explícita, Kent. Tal vez un día sepa toda la verdad...

Kent se sentó a su lado.

— Dijo que había venido de Marte, Shena.

— Así es — confirmó ella.

— Lo creeré, pero, dígame, ¿piensa volver allí de nuevo?

Ella sacudió la cabeza.

— El período de adaptación a las condiciones de la vida terrestre resultó muy duro, pero me gusta este planeta. Me gusta la nieve y me gusta el sol, el azul del cielo, el mar, los ríos que corren entre álamos...

¡ Allí, el panorama es tan distinto!

— Marte es un mundo muerto —dijo Kent.

— No lo crea. De otra manera, los paisajes poseen una gran belleza. Pero no se puede vivir continuamente en el exterior.

— ¿Por qué? —preguntó él.

— La atmósfera no contiene suficiente oxígeno para la vida humana. Es preciso residir en lugares adecuados, los cuales, por grande que sean sus dimensiones, son siempre habitáculos cerrados.

— ¿Subterráneos?

— Sí...

Shena se puso en pie súbitamente. Kent, una vez más, admiró la gracia de sus movimientos y la esbeltez de su figura.

— Me marcho — dijo ella de pronto.

— Espere — rogó Kent.

Shena le miró inquisitivamente.

— Dígame, Kent.

— ¿Dónde trabaja usted? ¿Qué hace durante el día?

— Perdóneme que calle por ahora, Kent—rogó la joven—. Más adelante, ya se lo he dicho, podré ser explícita. — Le tendió la mano —. Será comprensivo, ¿verdad?

— Si usted me lo pide... — se resignó él—. ¿La veré mañana de nuevo?

— Tal vez — contestó Shena evasivamente.

— Pero los marcianos pueden atacarla...

Ella sacudió la cabeza.

— No tema por mí —aseguró—. Estoy bien protegida.

Hizo una caricia al perro y se dirigió hacia el diván, Kent tomó la capa y se la puso sobre los hombros.

— ¿No tiene frío con tan poca ropa bajo la capa? — preguntó.

— En Marte hace más — sonrió ella.

Cuando Larymer se quedó solo, una vez más volvió a preguntarse si sufría de pesadillas. Pero hubo dos cosas que le convencieron de que estaba total y absolutamente despierto.

Una de ellas fue el sutil perfume que había quedado en la atmósfera tras la marcha de Shena. La otra era el dinero marciano que tenía en la cartera y los bolsillos.

Contó el dinero. Tenía seis billetes: dos de diez escudos y cuatro de cincuenta. En el bolsillo tenía una moneda de cinco escudos, dos de uno y cuatro de un tercio de escudo.

— ¡Qué raro! —exclamó—. No es medio ni un cuarto de escudo, sino un tercio.

Cosas del sistema monetario marciano. En total, halló que era poseedor de doscientos veintiocho escudos y un tercio. Se preguntó cuál sería la cotización de la moneda marciana con respecto al dólar.

Teniendo en cuenta que cuando salió de casa, por la mañana, llevaba encima unos cuarenta dólares, se podía pensar que el escudo marciano estaba a razón de un dólar por cinco escudos y dos tercios. Pero tampoco esto quería decir nada, porque, ¿cómo podía asegurar que los marcianos le habían dejado el cambio exacto?

— ¿Y si me han dejado más dinero, sintiéndose generosos... o simplemente por sus conveniencias?

Meneó la cabeza disgustadamente.

— Nada, que no hay manera de saberlo — rezongó.

Y como no podía saberlo, se fue a dormir.

* * *

Por la mañana, al día siguiente, lo primero que hizo Kent Larymer en su oficina fue despachar la correspondencia, como tenía por inveterada costumbre.

— El tiempo está amenazador otra vez —dijo la secretaria, mientras le entregaba la primera carta.

Kent lanzó una rápida mirada a través de la ventana.

El cielo estaba gris, encapotado, cubierto por densas nubes de un color plomizo de inconfundible significado.

— Sí, volverá a nevar — profetizó con acento natural —. Y caerán cristales del cielo.

— ¿Cristales? —dijo la secretaria intrigada—. Ah, se refiere a los de nieve.

— Sí, eso quise decir — contestó Kent, sin dar mayor importancia al asunto. La prueba no había resultado; eso era todo, pero en cierto modo, le alegraba saber que Mary estaba fuera de aquel endemoniado asunto.

La secretaria abrió otra carta.

— No creo que ésta le interese — dijo.

— ¿Por qué? —preguntó Kent.

— Es una invitación a una conferencia científica — declaró Mary.

— ¡ Horror! — se escandalizó Kent en broma —. ¡Una conferencia! ¡Y con el tiempo que hace!

— Ah, pues más de uno acudirá. Yo he estado en el *Auditorium* y tiene una magnifica calefacción. Lo malo es el tema.

Kent enarcó las cejas. Mary le había pasado ya otra carta.

— ¿El tema? —repitió.

Mary tomó el tarjetón y lo miró de nuevo.

— Sí, parece que un tal profesor Brokopp hablará sobre el misterio de una ciudad abandonada llamada Witherney. ¿Cree usted que pueda haber nadie a quien le interese Witherney? Con la de ciudades que crecieron en las cercanías de minas y luego fueron abandonadas por sus moradores... Una más no creo que importe demasiado, a decir verdad.

Kent frunció el ceño.

— ¿Ha dicho Witherney, Mary? —preguntó.

— En efecto, señor Larymer — contestó la secretaria—. ¿Acaso oyó usted hablar de esa ciudad?

Permítame, por favor —rogó el joven, apartando a un lado la carta que estaba leyendo.

Tomó el tarjetón y paseó rápidamente la vista por su contenido.

En él se leía que el profesor Brokopp, doctor en historia y geografía por la Universidad de Yale, disertaría sobre el tema: «Motivos y causas que concurrieron en el abandono de la ciudad de Witherney, por todos sus moradores, hecho acaecido en el mes de abril de 1799».

— Un tema bien extraño — dijo meditabundamente.

— Yo no he oído nunca ese nombre, señor Larymer — confesó la secretaria —. Si hubiera sido una ciudad famosa, se la recordaría todavía, al cabo de casi dos siglos, ¿no cree?

Kent asintió.

— Witherney… Witherney… —repitió un par de veces.

Se acordaba de las líneas escritas a máquina halladas en el cuarto de trabajo de Shena Matz, en las cuales se mencionaba aquel nombre.

De nuevo miró el tarjetón.

— La conferencia es a las doce —dijo—. Mary, cancele todos mis compromisos para esa hora. Quiero enterarme de lo que el profesor Brokopp tiene que decir acerca de Witherney.

Mary se quedó perpleja, pero, como buena secretaria, no formuló el menor comentario.

— Como usted diga, señor Larymer — contestó.

## Capítulo VII

El *Auditorium* era un edificio de severas líneas neoclásicas, situado en el punto más céntrico de la ciudad. Disponía de varias salas, cuya capacidad variaba según la importancia del acto a realizar.

Kent llegó minutos antes de mediodía, a bordo de un taxi, con cuyo conductor hizo un intercambio de impresiones acerca de los marcianos, simulando en sus frases un tono de humor. El taxista manifestó no tener la menor idea de cómo podrían ser los marcianos y dijo que le gustaría ver a uno.

Kent le prometió presentárselo a la primera ocasión que tuviera. Luego abonó el importe de la carrera, no sin antes examinar cuidadosamente las monedas que iba a entregar al conductor. Respiró aliviado cuando vio que eran dólares corrientes.

El dinero marciano de la víspera había ido a parar a un sobre y del sobre a un escondite. Kent quería probar hasta dónde llegaba el poder de los marcianos.

Enseñó la invitación a un portero.

— Sala C, señor — indicó el hombre.

Kent cruzó el amplio vestíbulo y vio una puerta abierta, sobre al que campeaba una gran C mayúscula, de brillante metal. Atravesó el umbral y se halló en una sala de regular tamaño, con capacidad para unas ciento cincuenta o doscientas personas.

La mitad de las butacas, aproximadamente, estaban sin ocupar. Kent tomó asiento en una relativamente cerca de la puerta y, para entretener la espera, puesto que todavía faltaban algunos minutos para dar comienzo al acto, encendió un cigarrillo.

En ese espacio de tiempo, entraron seis u ocho personas más. A las doce en punto, compareció el doctor Brokopp, acompañado de otro personaje, que resultó ser un distinguido profesor de la Universidad.

El doctor Brokopp era un hombre de unos sesenta años, algo cargado de hombros y con el pelo completamente blanco. Impávido, escuchó las frases de presentación de su acompañante y cuando éste terminó, se puso en pie.

Kent aguzó el oído. Ahora venía lo interesante.

Brokopp se puso en pie.

— Señoras y caballeros — empezó a hablar —, muchos de ustedes ni siquiera habrán oído hablar de Witherney, una pequeña localidad que estuvo situada en el Estado de Maine y de la cual

apenas si se conservan hoy algunas ruinas, escasamente visitadas por algunos investigadores chiflados, entre cuyo número y en un lugar distinguido tengo el honor de contarme.

Sonaron algunas risitas. Kent se dio cuenta de que, realmente, había muy pocas personas interesadas por Witherney. La inmensa mayoría era ociosos para quienes la conferencia no ofrecía otro interés que el de pasar el rato en un lugar agradablemente caldeado.

Brokopp continuó:

— El estado de Maine, como todos saben, es casi limítrofe con el área urbana de nuestra ciudad. La línea fronteriza pasa escasamente a cinco kilómetros de este *Auditorium*. Otros cinco kilómetros más allá, se encuentra el emplazamiento en donde antaño estuvo ubicada la ciudad objeto de la conferencia.

»Witherney llegó a tener más de seiscientos habitantes. Un día aún no precisado del mes de abril de 1799, hay que tener en cuenta el estado de las comunicaciones en aquella época, sus habitantes desaparecieron...

Brokopp se calló de pronto, sin motivo alguno que lo justificase. Kent, aunque estaba situado en las últimas filas, podía ver perfectamente su cara, debido a que la distancia no era excesiva.

Una expresión de sorpresa inenarrable apareció en el rostro del historiador. Sus ojos se fijaron en la puerta.

Kent volvió la cabeza. Lo mismo hicieron muchos otros de los asistentes a la conferencia.

Alguien gritó. Situado justo bajo el dintel de la entrada, había un hombre con un rifle en las manos.

Una mujer se desmayó súbitamente. El rifle detonó una, dos, tres veces. Brokopp fue lanzado hacia atrás por la potencia de los impactos, cayó sobre su silla, dio la voltereta y rodó por la tarima del estrado.

La acción fue tan rápida, que nadie tuvo tiempo de intervenir. El asesino giró sobre sus talones y echó a correr.

Kent fue uno de los primeros en reaccionar. Poniéndose en pie de un salto, corrió hacia la salida.

Mientras se movía con la mayor rapidez posible, oyó varias detonaciones en el exterior. El asesino, pensó, se encontraba en dificultades.

Atravesó el vestíbulo. Tendido sobre el suelo, con una herida en la cabeza, se encontraba el portero, gimiendo sordamente.

Kent se imaginó que el hombre había tratado de impedir la huida al asesino, el cual habría disparado sobre él, o bien le habría

golpeado con el cañón del rifle. Pero estaba vivo.

Kent alcanzó la salida. Desde allí vio a un policía, parapetado tras un macizo de arbustos del jardín, cubierto de nieve, disparar su pistola contra el asesino.

Éste se defendía a tiro limpio. De pronto, el policía lanzó un grito, soltó el revólver, se agarró el hombro izquierdo y cayó de espaldas sobre la nieve.

El asesino siguió corriendo. Junto al borde de la acera, con el motor en marcha, había un automóvil de tipo deportivo, tripulado por un cómplice del primero.

Kent se dio cuenta de que ya no podría hacer nada para detener al criminal. Éste había ganado ya el refugio del automóvil.

De todas formas, se dijo el joven, por muy bueno que fuese el coche, no podría correr demasiado; el pavimento no permitía excesos con el acelerador. Ya se oía a lo lejos el estridor de una sirena policial.

Kent corrió hacia el guardia, que había conseguido arrodillarse. El automóvil donde iba el asesino arrancaba en aquel momento.

— Se escapan —dijo el guardia, con la cara crispada por el dolor.

Kent se arrodilló a su lado y le entregó un pañuelo.

— Póngaselo sobre la carne. ¿Dónde es la herida?

— En el hombro. No parece importante... ¡Mire! — chilló súbitamente el policía.

Kent volvió la cabeza. En aquel momento, asomaba por una de las esquinas cercanas al *Auditorium* un automóvil policial, cortando el paso al coche donde iban el asesino y su cómplice.

Por un momento, Kent temió la colisión, que sería de funestas consecuencias, dadas las velocidades de ambos vehículos. Pero casi en el acto, el coche deportivo se levantó del suelo, lanzándose hacia las alturas a gran velocidad y con un pronunciado ángulo de ataque.

Muchas personas vieron la insólita escena y gritaron asombradas y espantadas. El coche policial se detuvo con un violento chirriar de frenos, atónito su conductor por el increíble suceso. Dos de los ocupantes del automóvil saltaron al suelo y miraron hacia arriba.

El coche deportivo era ya sólo un puntito oscuro en las alturas. De pronto, entró en la capa de nubes y desapareció de la vista de todos los espectadores.

Kent ayudó a ponerse en pie al guardia herido. Sus compañeros se acercaron presurosamente.

— Tiene un balazo en el hombro — dijo el joven —. Apresúrense a llevarlo al hospital.

El herido dijo:

— Dentro del *Auditorium* sonaron tiros. Puede que haya más víctimas.

— En efecto — convino Kent —. Creo que el doctor Brokopp ha debido de morir instantáneamente.

* * *

Kent llegó a su casa, con los dos periódicos de la tarde en las manos. Abrió la puerta y se preparó para recibir a «Truck».

El danés corrió lentamente y se frotó la cabeza contra sus piernas. Kent le acarició un par de veces y luego se dirigió al salón.

En la puerta, se detuvo en seco. La chimenea estaba encendida y Shena, tendida sobre la alfombra, leía un libro.

La joven le dirigió una cálida sonrisa.

— ¿No le importa que haya invadido su casa? — preguntó.

— Me siento encantado de la invasión — sonrió Kent, mientras se despojaba del abrigo—. ¿Se aburría fuera de aquí?

— Me gusta ver las llamas en una chimenea. Yo no la tengo en casa, así que me vine para aquí a esperarle a usted.

— Una excelente idea — aprobó Kent —. ¿Quiere algo de beber?

Shena volvió a sonreír.

— La invasión fue total. Ya me hice café antes... pero ahora se lo serviré yo a usted. No se mueva, por favor.

Shena se puso en pie ágilmente. Ya no vestía como otras veces, con aquella especie de traje de baño. Su indumentaria era normal: un «pullover» de cuello alto, de color anaranjado, pantalones negros y botas de media caña, del mismo color. Sobre el diván yacía un chaquetón corto, con cuello de piel.

Kent fue a su cuarto y se puso las zapatillas y una chaqueta de lana. Regresó al salón y esperó junto a la chimenea.

Shena volvió minutos más tarde con el café. Kent presentía que la joven tenía que hacerle importantes revelaciones, pero, discreto, se dijo que debía aguardar a que ella diera el primer paso.

— Está muy bueno —dijo a poco, refiriéndose al café.

Shena sonrió.

— He practicado en la Tierra —contestó—. Allá en Marte es desconocido, como puede comprender.

— ¿Qué alimentos toman allí? —preguntó Kent.

— Sustancialmente, los mismos que en la Tierra, pero con menor variedad, lo cual hace la dieta sumamente monótona. La carne, por supuesto, es desconocida, lo mismo que el pescado, pero sus sustancias nutritivas son suplidas por alimentos digamos artificiales que hacen sus veces. En cuanto a los vegetales, sí son naturales,

pero... —suspiró—, su sabor y su aspecto no pueden compararse a los terrestres.

— Sin embargo, alimentan.

— Es cierto — convino Shena, a la vez que se echaba de nuevo sobre la gruesa alfombra de piel —. No conocemos la bebida, lo cual no es de lamentar, tampoco conocemos el tabaco, el té o el café... E ignoramos asimismo el placer de comerse unos bombones o un buen trozo de tarta de pastelería, pero no puede decirse que, por monótona e insípida que sea, falte la comida.

— En medio de todo, es una ventaja, no crea — dijo Kent, a la vez que depositaba la taza vacía en una mesita contigua—. ¿Se ha enterado de la noticia?

Shena asintió.

— Sí, he oído la radio y también el noticiero de la televisión local. Es duro hablar de esta manera, pero actuando tal como lo hizo el profesor, sólo podía terminar muerto a tiros.

Kent se asombró de aquellas frases.

— ¿Cómo puede decir una cosa semejante? —exclamó.

Shena rodó por la alfombra y quedó tendida en ella de espaldas, mirando al techo, y con las manos bajo la nuca y las piernas cruzadas.

— Se lo advertí en más de una ocasión —respondió—. Si se quiere luchar contra los marcianos, es preciso ser más astuto que ellos. Pese a sus años, el doctor Brokopp tenía en ocasiones, el mismo espíritu de reflexión que un chiquillo y no me hizo el menor caso.

Kent se pellizcó el labio inferior.

— Estoy por sospechar que usted era su secretaria — dijo.

— Sí — admitió Shena llanamente.

— ¿Y él...? Me refiero al doctor Brokopp, naturalmente, ¿era marciano?

— No, era terrestre —contestó la joven sorprendentemente.

## Capítulo VIII

Kent sintió un vivo asombro al oír la respuesta de la joven.

— ¿Cómo? —exclamó—. ¡Yo hubiera jurado que Brokopp era marciano, como usted!

Shena volvió a girar sobre sí misma y quedó tendida de pecho, apoyada en los codos, frente a la chimenea,

— Brokopp era historiador —respondió—. Llevaba pocos años en esta Universidad, pero si se entretiene usted en repasar su historial, podrá enterarse de que se había dedicado a la enseñanza, aparte de ser investigador, durante más de treinta y cinco años, es decir, desde que se graduó.

— Y usted se empleó con él como secretaria.

— Sí. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Lo he deducido posteriormente —respondió

Kent —. Encontré en su casa una cuartilla apenas empezada, en la que se mencionaba el abandono de Witherney.

— Sí, era parte del borrador de la conferencia, que saqué en limpio para el profesor. ¿Qué más?

— Bien, recibí una invitación para asistir a esa conferencia. Puesto que no conocía a Brokopp ni me intereso por temas de historia, es lógico pensar que fue usted quien me envió la invitación.

— En efecto, así fue.

—¿ Por qué lo hizo, Shena?

— Supuse que le interesaría. Cuando me dijo que había estado en casa, luego, al volver vi las cuartillas ligeramente desordenadas. Me pareció que se habría fijado en el nombre de Witherney y se me ocurrió luego que lo relacionaría con la conferencia cuando recibiese la invitación.

Kent encendió un cigarrillo.

— Una forma de pensar muy acertada — dijo —. Pero ahora, el profesor Brokopp ha muerto y nadie podrá conocer el contenido de su conferencia. Salvo usted, claro.

— Pero yo ya sabía lo que iba a decir, incluso antes de entrar a su servicio — manifestó la joven, sentándose ahora, con las piernas cruzadas —. Mejor dicho, yo conocía la historia de Witherney antes de venir a la Tierra.

—¡Sorprendente! — exclamó Kent—. Y ¿puede relatármela a mí?

— Le dejaré algo para que se entretenga — sonrió la joven—.

¿No se ha dado cuenta de que los asesinos cometieron un error?

— ¿A qué error se refiere? —pregunto él.

— El coche se elevó en el aire para huir de la policía.

Kent meneó la cabeza.

— No creo que nadie haya reparado en ese error — dijo —. Sí, muchos vieron que el coche se elevaba como un cohete, pero, ¿quiere entretenerse leyendo las informaciones del suceso? Realmente, son pintorescas hasta el absurdo. Tome, ahí tiene los diarios de la tarde.

Shena cogió los periódicos en donde, en primera plana y con tipos de estridente tamaño se relataban las incidencias de un hecho que había conmovido a la ciudad.

Luego venían las declaraciones de los testigos de la huida del asesino y de su cómplice. Todos venían a decir lo mismo: el coche estaba provisto de un potente sistema de cohetes silenciosos, que le había servido para desaparecer con rumbo desconocido.

— Son listos en medio de todo — comentó Shena, al terminar la lectura—. Especularon con la lógica que debía presidir las declaraciones de los testigos. ¿A quién se le iba a ocurrir que los tripulantes del coche eran marcianos?

— A nadie, en efecto, salvo a unos pocos enterados, los cuales, por temor a ser declarados locos, callarán.

— Exactamente. — El índice de Shena señaló uno de los periódicos—. Su nombre también figura aquí. Usted dijo asimismo que el coche estaba provisto de cohetes.

— ¿Qué otra cosa podía decir? ¿Quién me hubiera creído?

— Es cierto. — Shena movió la cabeza —. Kent, las cosas se ponen cada vez más difíciles.

— ¿Cree que terminarán por derrotarnos?

— Si no ponemos pronto remedio, sí.

— Al menos, podría decirme en qué consiste ese remedio, Shena.

Ella contempló las llamas durante algunos segundos, en medio de un profundo silencio.

— El remedio estriba, a mi entender, en localizarlos a todos — respondió al cabo.

— ¿Y suprimirlos?

— No. Obligarles a que se vuelvan a Marte.

Un tronco crujió al partirse. Kent se levantó y echo dos leños al fuego.

— No será fácil conseguirlo — dijo —. ¿Tiene alguna idea de cuántos pueden ser?

— Bastantes, pero menos de los que usted cree.

— De todas formas, la dificultad principal estriba en que deben de estar repartidos por todo el territorio de la nación —alegó Kent —. ¿Cómo localizar a tantos y a la vez? ¡ Es una tarea superior a cuantas hayamos podido emprender hasta ahora!

Shena negó con la cabeza.

— Por raro que le parezca, Kent, todos los marcianos que hay en la Tierra están concentrados en esta ciudad — contestó.

De pronto se puso en pie.

— ¿Ya se va? —preguntó Kent, decepcionado.

— Sí. Es hora de que vuelva a mi casa, ¿no cree?

— Pero ellos pueden atacarla...

Shena sonrió.

— No pase cuidado; estoy bien protegida —aseguró. ,

Fue hacia el diván y tomó el chaquetón de piel. Debajo del mismo, Kent divisó una pequeña carpeta llena de papeles.

— Léalos, se lo ruego — pidió ella.

— Así lo haré — contestó Kent, mientras la ayudaba a ponerse el chaquetón —. ¿Cuándo podré verla de nuevo?

— Yo le llamaré por teléfono o vendré a su casa..., es decir, si no le molesta.

— Me encantará volverla a ver de nuevo, Shena

— dijo Kent, mirándola al fondo de los ojos.

Ella pareció turbarse ligeramente. Luego sonrío al devolverle la mirada.

— Hasta mañana, Kent — se despidió.

— Hasta mañana, Shena.

Kent permaneció en la puerta de su casa, contemplando a la joven, hasta que la vio desaparecer por una esquina próxima. Luego, lanzando un suspiro, cerró la puerta y regresó al salón.

Contempló la carpeta. Debía de contener una historia interesante, se dijo. Fue a abrirla, pero cambió de parecer.

— Primero quiero comprobar una cosa — murmuró.

Se dirigió a su dormitorio y comprobó que el dinero seguía dentro del sobre, en el escondite ideado. Luego se encaminó a la cocina y se preparó una cena ligera, que consumió en pocos minutos.

Al terminar, emprendió el camino de vuelta al salón. Ahora, con el estómago lleno, podría dedicarse a la lectura sin prisas, con toda comodidad.

Abrió la puerta del salón y vio a un hombre en el centro del mismo, con la carpeta en las manos.

Kent se extrañó de que el danés no hubiese ladrado al tener un

extraño en la casa. Miró al perro y lo vio tendido junto al fuego.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

Apenas podía ver el rostro del intruso, debido a que tenía el ala del sombrero echada sobre la frente y levantado el cuello del abrigo negro. Sin embargo, pudo advertir que se trataba de un sujeto alto y robusto.

El intruso dio un paso hacia la chimenea. Al mismo tiempo, sacó una pistola y encañonó a Kent.

— No se acerque — dijo amenazadoramente —. Sentiría mucho tener que causarle algún daño. Mis intenciones son pacíficas.

— ¡Usted...!

— ¡Quieto! —ordenó el desconocido—. ¡No se lo repetiré más!

La carpeta cayó sobre las llamas. Kent se sintió presa de un ataque de ira.

— No debía haber perdido el tiempo cenando —masculló.

— ¿Cómo dice? — preguntó el otro.

— Nada, no lo entendería. ¿Por qué quema esos documentos?

— La gente no debe conocer la verdad —respondió el intruso sibilinamente.

— Su forma de pensar es absurda. ¿Por qué no hemos de conocer la verdad?

— Porque no nos conviene.

Las llamas devoraban ya la carpeta y los papeles contenidos en ella. Kent se dio cuenta de que el visitante esperaba a que las llamas redujeran a ceniza los documentos redactados por Shena.

— Explíquese, por favor — pidió Kent.

El otro movió la cabeza.

— No es hora de explicaciones —denegó—. Quizá no lo sea nunca.

— Si piensan invadir la Tierra, nos defenderemos — anunció Kent —. Ustedes no conocen aún a los habitantes de este planeta.

— Por el contrario, les conocemos demasiado bien — respondió el desconocido; y Kent creyó notar en su voz una nota de amargura.

— ¿Están infiltrándose entre nosotros para cuando llegue el momento de la invasión? —preguntó.

— Responder a esa pregunta, sería tanto como desvelar el secreto de nuestra presencia en la Tierra.

— Luego admite que es marciano.

— Sí, lo soy — contestó el visitante con orgullo —. No se mueva — advirtió de repente.

Sin dejar de encañonarle con la pistola, se acercó a la chimenea y tomó el atizador, con el cual revolvió el fuego, hasta asegurarse

de que de la carpeta y su contenido sólo quedaban cenizas.

— Es suficiente — declaró —. Lo siento mucho, señor Larymer; en medio de todo, nos es muy simpático.

Kent hizo una mueca.

— En todo caso, lo disimulan bastante bien — gruñó. De pronto exclamó — : ¿Qué le ha hecho a mi perro? ¿Está muerto?

— No, sólo narcotizado... como lo estará usted dentro de unos segundos —respondió el marciano. Levantó la mano y apretó el gatillo.

Kent se llevó la mano a la mejilla izquierda, en donde acababa de sentir un ligero pinchazo.

«Así, pues, aunque lo parece, no es una pistola ordinaria», pensó.

El marciano empezó a desvanecerse ante sus ojos. Kent se dio cuenta de que el narcótico actuaba ya en su cerebro.

Empezó a caer. Vio que la alfombra se le acercaba rápidamente, extendió las manos para atenuar el golpe y ya no supo más.

Cuando despertó, el fuego estaba casi apagado. Levantándose con torpes movimientos, arrojó unos cuantos troncos a la chimenea y, sentado frente a ella, con las piernas cruzadas, meditó largamente.

«Truck» le contemplaba con interés. Kent acarició la cabeza del danés con gesto maquinal.

Los marcianos le habían asestado un buen golpe. Pero ¿por qué a él, a diferencia del doctor Brokopp, no le habían dado muerte?

Su visitante había hablado de cierta simpatía. ¿Era éste, motivo suficiente para respetarle la vida?

El caso era, se dijo desanimadamente, que ya no podría conocer la verdad sobre Witherney, a menos que Shena le contara la historia de aquel pueblo abandonado hacía casi doscientos años. Pero la muchacha no parecía sentirse muy inclinada a hablar del asunto.

Por otra parte, cabía la posibilidad de que Shena fuese parcial en su relato. ¿No habría otra manera de conocer la verdad, por un conducto distinto?

Sí, había una forma de conseguirlo... y él lo llevaría a cabo al día siguiente.

¿Al día siguiente? Consultó la hora y, asombrado, vio que eran las tres de la madrugada. Había dormido casi seis horas.

Perezosamente, se tendió en la alfombra junto al fuego y dejó correr el tiempo. A poco, le entró sueño de nuevo y volvió a dormirse.

## Capítulo IX

La capa de nieve había engrosado durante la noche en veinte centímetros más.

Kent residía en la ciudad desde hacía muchos años. Por tanto, contaba con indumentaria adecuada para el invierno.

A primera hora de la mañana, salió de casa, una vez hubo llegado la señora Jones para hacer la limpieza cotidiana, quejándose y refunfuñando del tiempo de perros que hacía. Con un gorro de piel, un grueso chaquetón, pantalones de recia tela y botas fuertes y sólidas, se sentía capaz de afrontar las peores inclemencias.

A pie, sin prisas, buscando los sitios más despejados, se dirigió hacia la Universidad. Los automóviles, a causa de la nevada, apenas si circulaban.

En su camino, pasó por el bar de Jake. Entró y tomó una taza de café.

Jake Lerston tenía el aspecto amargado y melancólico de costumbre. Cuando el joven le pagó, observó:

— Hoy no me da moneda marciana, señor Larymer.

— La tengo guardada en casa — contestó Kent—. Parece que no circula en cantidad todavía.

— Son unos tipos raros —rezongó Jake—. Todas las noches me trasladan con el bar y antes del cierre, me devuelven al mismo sitio. La verdad, no sé qué diablos se proponen con el jueguecito.

Kent sonrió.

— Si pretendían romper sus nervios, se han equivocado — comentó.

— A mí ya no me impresiona nada —respondió Jake—. El primer día me asusté un poco, es lógico, pero después ya lo he tomado como una cosa de rutina.

— Sí, las cosas sorprendentes, si se repiten, se hacen rutinarias — admitió Kent —.Ya todo esto, ¿qué dice su socio?

— No se puede repetir, señor Larymer. Tiene una lengua viperina.

Kent sonrió.

— ¿También a él le molestan los traslados?

— Oh, no, si no ha estado presente ninguna noche. Viene muy temprano y abre el bar, pero se marcha después de mediodía. Yo me iré luego a casa y volveré a media tarde, hasta la hora de cierre.

— Entonces, se comprende que no lo crea —dijo Kent—. Peor

para él —añadió—; se está perdiendo una aventura emocionante.

— Ya no emociona —contestó Jake con un encogimiento de hombros —. Perdón, me llama un cliente.

Extraño tipo el tal Jake Lerston, pensó Kent. Otro cualquiera, con las cosas que le estaban sucediendo, habría organizado ya el gran escándalo. Jake, sin embargo, se lo tomaba con harta filosofía, aguardando pacientemente a que cesaran los traslados cotidianos.

Pero, en medio de todo, ¿qué hacía él sino una cosa parecida?

Sólo hasta cierto punto, porque si bien era verdad que no había armado ningún jaleo, en cambio trataba de investigar para llegar al fondo del asunto.

Tenía que hacerlo, porque así conocería los auténticos propósitos de los marcianos.

Concluyó el café y salió a la calle, en donde las brigadas municipales se afanaban activamente en despejar el pavimento, para que la circulación rodada pudiera reanudarse con normalidad.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en la biblioteca de la Universidad. Antiguo alumno, la bibliotecaria jefe admitió en seguida su tarjeta de pedido de un libro, que no era otro sino el correspondiente a la letra W de la Enciclopedia Británica.

Lo que halló en el libro fue bien poco, decepcionante para lo que deseaba:

«Witherney, antigua ciudad del Estado de Maine, condado de Bethe, fundada en 1754 y abandonada por sus moradores en 1799. Se calcula que el censo, en la época del abandono era de unas seiscientas almas, pero no se poseen datos fidedignos al respecto, como tampoco de las causas que motivaron la despoblación de la ciudad.»

Eso era todo. Kent cerró el libraco y reflexionó durante unos instantes.

¿Era posible que un hecho que debía haber causado sensación dos siglos antes no hubiese dejado otra memoria que unas pocas líneas en una Enciclopedia?

Al cabo de unos minutos, se levantó y devolvió el tomo a la bibliotecaria.

— Quisiera consultar el catálogo —manifestó cortésmente.

— ¿Qué letra, señor Larymer?

— La W por favor, señorita.

— Un momento, señor Larymer.

La bibliotecaria se levantó y buscó un libro, con el que regresó a poco, entregándoselo a Kent. El joven pasó rápidamente las páginas, hasta llegar al lugar deseado.

Contuvo una sonrisa de satisfacción. ¡Allí estaba lo que buscaba con tanto ahínco!

Había un epígrafe en el libro que decía lo siguiente:

«Witherney, una ciudad muerta. Relato verídico e imparcial de su abandono por sus moradores, escrito por un testigo presencial.»

El testigo, autor del libro, era Charles Matz.

Kent se estremeció.

«¡Un antepasado de Shena!», pensó.

Y luego, en voz alta, dijo:

— Señorita, por favor, ¿quiere entregarme este volumen?

La bibliotecaria consultó el epígrafe.

— Si tiene la bondad de esperar unos momentos...

— No faltaría más.

Kent quedó junto al mostrador de consulta, dominando su nerviosismo. Por fin vio aparecer a la mujer de nuevo.

Pero no traía ningún libro en la mano. Ella dijo:

— Lo siento, señor Larymer; el tomo que le interesa ha sido cedido en calidad de préstamo.

— ¿A quién? — preguntó el joven con vehemencia. La bibliotecaria le miró con gesto sorprendido.

— No sé si será correcto revelar la identidad del prestatario...

Soy antiguo alumno de la Universidad dijo

Kent.

— Está bien, pero, repito, no me parece correcto — dijo la mujer.

— No pienso causar ningún daño a su actual poseedor — sonrió Kent.

La bibliotecaria se alejó. A poco regresó con una tarjeta en la mano.

— Según los datos que el peticionario dejó escritos, se llama Jim Olter y reside en la calle Novena, número treinta y siete.

Kent anotó el nombre y la dirección del sujeto. Mentalmente, se admiró de la astucia de los marcianos.

Astucia... ¿y también temor?

¿Qué había ocurrido en Witherney? ¿Tan horrible había sido que, al cabo de casi doscientos años no querían que se divulgase?

— Muchas gracias, señorita —dijo, guardando la agenda de notas.

Salió a la calle. Su primera intención fue dirigirse al domicilio de Olter, pero rectificó de inmediato.

Las horas nocturnas resultarían un momento más adecuado. Podría sorprender así al individuo y enterarse de la verdadera

historia de la población de Witherney.

Puesto que todavía tenía tiempo, se dirigió a su oficina, en donde trabajó con normalidad. A las cinco y media dio por finalizada la jornada y emprendió el regreso a su casa.

Shena le aguardaba, como la víspera, junto a la chimenea. La joven componía un cuadro sumamente atractivo, sentada en la alfombra, con la cabeza de «Truck» apoyada en su regazo.

— Aquí me encuentro como en mi propia casa — dijo ella, con cálida sonrisa.

— ¿Su casa de Marte... o de la Tierra? — preguntó Kent con toda intención.

— En Marte no tenemos viviendas como ésta  respondió Shena —. Son simples habitáculos, destinados únicamente a la función de alojamiento. Carecen de decoración, no tienen ornamentos de ninguna clase...

— Lo cual aumenta la monotonía de su existencia. Dígame, Shena, ¿oyó hablar alguna vez de Charles Matz?

Ella le dirigió una larga mirada.

— ¿Quién le ha dicho ese nombre? — pregunto.

— Era antepasado suyo, ¿no es cierto?

Shena movió la cabeza afirmativamente.

— Sí. Mis padres me hablaron de él en más de una ocasión...

— Ya ellos les hablarían sus padres y a estos sus abuelos..., pero, ¿qué era y qué hacía Charles Matz?

— Tenía una granja, simplemente. Bueno, además, daba clases a los niños, ya que en Witherney no había maestro. Pero no siempre acudía a la escuela, ya que el trabajo en la granja se lo impedía en ocasiones.

Creo que voy comprendiendo. Shena, ¿sabía usted que Charles Matz escribió una historia acerca de los sucesos que motivaron el abandono de Witherney?

— ¿Lo dice en serio? No, no lo sabía contesto ella.

— Pues es cierto, Shena; su antepasado Charles redactó una relación de lo ocurrido y la publicó en forma de libro.

— ¿Dónde está ese libro? —preguntó Shena con vehemencia—. ¿Lo ha leído usted?

— No. Temo que algún marciano se nos ha anticipado.

— ¿Cómo lo sabe?

— He estado en la Biblioteca de la Universidad. La Enciclopedia apenas pone unos renglones acerca de Witherney. Cuando se me ocurrió indagar en el catálogo, encontré el título del libro escrito por Charles Matz.

Shena meditó durante algunos instantes.

Luego dijo:

— De todas formas, y aun admitiendo que resultaría curioso leer ese libro, a usted no le hace falta, puesto que le entregué anoche el texto de la conferencia que iba a pronunciar el doctor Brokopp.

— Se equivoca, Shena —contestó el joven—. Leer ese libro resultaría interesantísimo para mí por dos razones.

— Expóngalas, por favor — rogó la joven.

— Primero, usted redactó el texto de la conferencia...

— El doctor Brokopp corrigió muchas cosas — alegó Shena.

— Bien, pero puede tratarse de un relato no demasiado imparcial. Oh, no es que con esto quiera enojarla, sino que opino que puede ocurrir que usted vea las cosas desde su propio punto de vista.

— Es verdad —admitió la joven—. ¿Y cuál es la otra razón por la que le interesa leer el libro de mi antepasado?

— Sencillamente, anoche estuvo un marciano en esta misma casa y quemó los papeles que usted me dejó, sin darme tiempo a enterarme de su contenido.

Shena permaneció silenciosa durante unos instantes.

— Debí imaginar algo parecido — manifestó pasados unos segundos —. La culpa es mía por no haberle advertido de una posibilidad semejante.

— No, es mía —aseguró Kent—. Me retrasé un poco, mientras tomaba unos bocadillos, a fin de iniciar luego la lectura con toda tranquilidad y sin preocupaciones, pero en ese espacio de tiempo apareció el sujeto y...

Kent hizo a la joven un relato puntual de lo sucedido. Ella movió la cabeza en sentido afirmativo varias veces.

— No quieren —murmuró—, no quieren que se sepa lo que ocurrió en Witherney hace casi doscientos años.

— ¿Tan espantoso fue? —preguntó Kent—, ¿Acaso se produjo una matanza general de todos los habitantes de esa ciudad?

— Si hubiese habido matanza, yo no estaría aquí en estos momentos — respondió la joven.

A cada minuto que transcurría, Kent iba comprendiendo gran parte de la verdad. Antes de que pudiera hablar, Shena se puso en pie con gesto lleno de vehemencia y dijo:

— Kent, es preciso que recuperemos ese libro. No sólo usted debe conocer la verdad de lo sucedido en Witherney, sino que a mí también me interesa saber qué es lo que vio mí antepasado aquel funesto día.

# Capítulo X

Los dos jóvenes caminaban juntos por una acera sólo parcialmente llena de nieve. Había infinidad de automóviles parados junto al bordillo, la inmensa mayoría ocultos bajo la nieve caída durante los días precedentes.

Reinaba un silencio total. Salvo las luces del alumbrado público, pocas se veían en las casas particulares. Incluso la mayor parte de los rótulos luminosos estaban apagados.

Parecía como si la nieve que cubría la ciudad hubiera causado una supresión total del ruido. Ni siquiera Kent y Shena hacían ruido al caminar.

Ella llevaba puesta su capa de color escarlata. Kent dedujo que se debía a que de este modo podía ocultar el cinturón con la pistola. Pero al mismo tiempo, se preguntó si una prenda que, aunque indudablemente de abrigo, resultaba extravagante, no tenía algún objeto distinto del que en apariencia había sido destinada.

Caminaban por la calle MacPherson. De pronto,

Kent se dio cuenta de que estaban alcanzando las proximidades de la calle Tercera.

—Espere un poco, Shena — murmuró.

Ella se detuvo y le miró inquisitivamente. Kent tenía fija la vista en un lugar harto conocido de él.

— La perfumería — dijo Shena.

—Sí. Está allí, desierta y con las luces apagadas…

Apenas había hablado, se produjo un chispazo de luz La esquina brilló súbitamente y los dos jóvenes pudieron ver las vidrieras iluminadas del bar de Jake.

Kent se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—Me gustaría saber con qué objeto realizan los marcianos ese traslado cotidiano. ¿Por qué ninguno de los clientes habituales de Jake se ha quejado? Me refiero a los que acuden al bar cuando está en la esquina de las calles Veintidós y Coronado.

Shena no dijo nada. Kent se dio cuenta de que parecía conocer las causas de aquel suceso, pero que prefería callar por el momento.

—Sigamos dijo al cabo de unos instantes.

Para llegar a la calle Novena tenían que pasar por delante del bar. De pronto, Kent concibió una idea.

— Shena, ¿podría prestarme su pistola durante unos momentos?

— ¿Para qué la quiere? — quiso saber ella.

— Por favor — insistió él.

Shena acabó por acceder y le entregó el arma. Kent se asomó cautelosamente por un lado de la vidriera.

Jake estaba junto a la cafetera, preparando sendas tazas de café para dos clientes que se hallaban junto al mostrador, de espaldas a la puerta. Por su posición ninguno de los tres podía ver lo que pasaba en la entrada.

Kent miró a través del visor. Todo su cuerpo se estremeció en el acto con un terrible escalofrío.

Bajó el arma. Shena le contempló inquisitivamente.

— El barman es un marciano —susurró él.

Shena quiso quitarle el arma.

— Démela —pidió—; es preciso eliminarlos a todos.

Kent se negó rotundamente.

— Quizá tuviera razón la primera vez —contestó—, pero el marciano que se hace llamar Jake no nos ha hecho ningún daño, al menos, por ahora.

— Lo harán...

— A mí me dijeron que me tenían cierta simpatía. Es posible que usted no haya entendido bien sus intenciones, Shena; y hasta que no las conozcamos en su totalidad y estemos bien seguros de sus propósitos, debemos abstenernos de todo acto hostil hacia ellos.

Shena se rindió.

— Acaso tenga razón —contestó—. Sin embargo, le recomiendo que no se fíe.

— En eso estoy de acuerdo. — De pronto, alzó el arma y la encañonó directamente, a la vez que dejaba pasar la vista a través de la mira detectora.

Shena se asustó en el primer momento al ver su gesto. Kent la tranquilizó, diciendo:

— No tema, no pienso causarle ningún daño. Sólo quiero cerciorarme... ¡Rayos! —exclamó de súbito, tremendamente perplejo.

Shena sonrió.

— ¿Qué es lo que «no» ve ahora? —preguntó con toda intención.

— Usted no es marciana —contestó Kent, sumamente aliviado.

— ¿Cómo que no soy marciana? He nacido en Marte, Kent.

— Bueno, lo que yo quería decir es... Usted ya me entiende, ¿no? — Y después de que ella asintiera, añadió—. Lo que sí he visto es que la capa que lleva parece algo así como un escudo protector, que la envuelve desde el cuello a los pies.

— En efecto —admitió Shena—, es como un blindaje de protección.

— Mirando a través del visor, la capa desaparecía por completo, como si no existiera. Sólo se veía su cabeza; el resto era una mancha confusa, sin color alguno. ¿Qué clase de material es, Shena?

«Justo para pasar inadvertido en cualquier parte del mundo», pensó.

— Sería largo de explicar, Kent. ¿Por qué no continuamos?

El joven suspiró.

— Si salgo con vida de esta aventura, creeré que soy el hombre de mayor suerte del mundo — dijo.

— No le quepa la menor duda — sonrió Shena, emparejándose a su lado.

Seis manzanas más adelante, alcanzaron la calle Novena. Buscaron el número treinta y siete y entraron en el portal. Por medio del indicador de habitantes, supieron que Jim Olter residía en el cuarto piso, letra N.

El ascensor les dejó rápidamente en el lugar deseado. Antes de salir, Kent asomó la cabeza cautelosamente y examinó el corredor en ambos sentidos.

— El camino está despejado —dijo—. ¡Adelante!

Caminaron rápidamente, hasta encontrar la puerta señalada con la letra N. Kent se dispuso a llamar, pero Shena cortó su gesto.

— Espere —murmuró—; la sorpresa puede favorecemos.

Sacó su pistola, manipuló en ella brevemente y luego apuntó a la cerradura.

El hilo de luz que brotó del cañón era sumamente delgado, aunque de un brillo muy intenso. El metal de la cerradura quedó fundido en un santiamén, sin el menor ruido ni apenas una perceptible elevación de la temperatura.

A continuación, Shena tocó un mando de su pistola y disparó otra descarga, ésta invisible.

Dijo:

— Convenía refrigerar el metal fundido, Kent.

— Muy bien — aprobó Kent —. Pero ahora, por favor, déjeme ir en vanguardia.

Shena asintió. Kent empujó la puerta poco a poco y asomó la cabeza.

El recibidor estaba desierto. Pisando sin hacer ruido, entraron en el piso y avanzaron hacia la puerta que daba paso a las restantes habitaciones.

De pronto sonó una voz extraña, que hablaba en un idioma desconocido para el joven. Era una voz crepitante, que pronunciaba las palabras a un ritmo sumamente veloz, como si brotasen de una

cinta magnetofónica acelerada en su velocidad de reproducción de sonidos.

Otra voz sonó a los pocos instantes, agria, bronca, hablando de manera inteligible para Kent.

— No emplee nuestro lenguaje. Usted es Jim Olter y debe comportarse como tal en todo momento. Hable el idioma que se emplea ahí, en esa ciudad.

— Sí, señor —contestó el inquilino del piso con aire humilde —. Ruego se sirva excusarme...

— Al grano, al grano —dijo el otro con impaciencia —. ¿Ha examinado el libro?

— Sí, señor; y en mi opinión, conviene su destrucción...

— Eso lo decidiremos nosotros, tras la lectura correspondiente. ¿Tiene todo preparado para la transmisión?

— Desde luego, señor. Empezaré ahora mismo...

Kent asomó la cabeza. Delante de él, en la habitación contigua, se hallaba el ocupante del apartamiento.

La ventana de la estancia se hallaba abierta ligeramente, lo justo para permitir la salida de una antena de rara forma, que asomaba cosa de unos veinte centímetros al exterior. La antena nacía de un aparato que parecía un transmisor de radio, aunque con objetivos similares a los de una cámara de televisión.

Jim Olter se hallaba solo. Kent comprendió que aquel artefacto le servía para ponerse en comunicación con sus superiores.

Delante del transmisor, situado sobre una especie de atril, estaba el libro. Kent se dio cuenta de que iba a enviar al espacio — o dondequiera que estuviesen los otros marcianos—, las imágenes de cada página de la relación escrita por Charles Matz.

Olter continuó sus manipulaciones sin percatarse de la presencia de unos extraños en la casa. Kent observó que el aspecto que había tomado el marciano correspondía a un terrestre de unos cuarenta y cinco años, de cara y cuerpo vulgares, lo mismo que su indumentaria.

Jim Olter se acercó al micrófono y preguntó:

— ¿Cómo se recibe la imagen, señor?

— Perfecta —le contestaron—. Puede iniciar la transmisión.

Kent se dispuso a intervenir. De pronto, se dio cuenta de que, pese a su extraña forma, el transmisor, como cualquier otro aparato similar, necesitaba energía eléctrica para funcionar.

Un cable flexible salía de una de las esquinas del transmisor, serpenteaba por el suelo y su extremo, con un enchufe, iba a conectarse a una toma de corriente situada junto al umbral. Kent se

agachó y sacó la clavija de su emplazamiento.

Olter advirtió inmediatamente que sucedía algo raro. Se volvió y entonces fue cuando divisó a los dos jóvenes en el umbral de la puerta.

— ¿Qué diablos...?

Shena le apuntó resueltamente con su pistola.

— Si hace un solo movimiento, dispararé a matar — dijo.

Olter frunció el ceño.

— A usted la conozco yo, Shena Matz — respondió.

— No me extraña en absoluto. Últimamente les he dado unos cuantos disgustos, ¿no es así?

— Nos hemos portado con usted de una manera excesivamente generosa. Temo que habremos de reconsiderar nuestra actitud en el futuro.

— Háganlo en la Tierra, porque en Marte no podrá ser; me quedaré aquí para siempre —dijo Shena con acento desafiante.

— Me parece que estamos perdiendo el tiempo con esta charla tan poco interesante — terció Kent —. Vinimos a por un libro, Shena. ¿Lo recuerda?

Y avanzó hacia el atril, apoderándose del libro, sin que Olter, bajo la amenaza de la pistola que ella empuñaba resueltamente, pudiera oponerse a la acción del joven.

— Están cometiendo un error —dijo Olter amargamente.

— Ya pagaremos sus consecuencias, si es como dice —contestó Kent, encogiéndose de hombros—. ¿Nos vamos, Shena?

— Sí, cuando quiera, Kent.

La pareja empezó a retroceder hacia la puerta. Olter extendió un dedo hacia ellos.

— ¡ Cometen un error, lo repito! — exclamó.

— El error lo cometieron ustedes al llegar aquí, con ánimo de invadir y sojuzgar nuestro planeta — dijo Kent con acento lleno de severidad—. Están muy equivocados si creen que conseguirán sus propósitos.

— ¡Invadir la Tierra! —resopló Olter—. ¿De dónde ha sacado semejante estupidez?

— Vaya, ahora pretenderá negar lo que es tan patente — contestó el joven sarcásticamente —. En fin, no es hora de continuar discutiendo..., sino de largarnos. ¡Vámonos, Shena!

Antes de salir, Shena dirigió una profunda mirada al marciano.

— Agradézcaselo a mi acompañante, Jim Olter. De lo contrario, ya estaría muerto. Pero no me iré sin dejar rastro de mi paso.

Disparó una descarga y pulverizó el transmisor. Minutos más

tarde, Kent y Shena se hallaban en la calle.

## Capítulo XI

Kent reavivó el fuego, arrojando un par de troncos al hogar. Shena dijo:

— Prepararé café, si no le importa, Kent.

— Vendrá bien —aprobó él con una sonrisa.

Acarició la cabeza de «Truck». Luego le dijo:

— Si hubieras ladrado antes el otro día, no te habrían dormido y el marciano no se hubiese llevado los papeles escritos por la señorita Matz. ¿Qué clase de vigilante eres que permites la entrada a los intrusos sin avisar a tu amo?

Luego tomó el libro y se sentó en el diván, frente al fuego. Abrió la primera página y leyó lo siguiente:

«Verdadera relación de los hechos acaecidos el 9 de abril de 1799, cuando la ciudad de Witherney resultó despoblada, a causa de la misteriosa desaparición de sus habitantes, acompañados por sus animales domésticos.

»Yo, Charles Matz, hijo de Abner y Elisa, de 41 años de edad, casado con Jane MacBraigh, de la cual he tenido tres hijos, Minna, Stella y Charles, de profesión granjero y encargado de la escuela de niños de la indicada ciudad, ante Dios juro que lo que voy a relatar es la verdad y nada más que la verdad.

»Ocurrió el día señalado. Era claro, despejado, sin una sola nube en el cielo, cosa bastante rara en esta comarca. Yo había estado trabajando en la granja y se me rompió el mango de un hacha, por lo que me dirigí a la ciudad, después de mediodía, para reponer el mango roto. Viajaba en mi carreta, tirada por dos mulas, ya que la distancia de mi granja a Witherney era de tres millas y un octavo, aproximadamente.

»Mi mujer y los niños quedaron en la casa. Jamás pude imaginarme que iba a resultar espectador de unos hechos tan horrorosos. Los he relatado una y otra vez ante las autoridades, pero nadie ha querido creerme. Llegaron a darme por demente e intentaron encerrarme en un manicomio, pero logré escaparme.

»En vista de la incredulidad de las gentes, decidí escribir este relato. Un día llegará en que la posteridad me hará justicia y mi nombre será reivindicado...

— ¡ El café! — dijo Shena, entrando en la habitación.

Kent cerró el libro.

— La lectura promete ser interesantísima —manifestó, sonriendo.

— Tiene que serlo — admitió ella, a la vez que llenaba las tazas —. Imagínese el susto y el horror que debió de sufrir mi antepasado, al ver las naves que aterrizaban silenciosamente, surgidas como por arte de brujería de lo alto de la atmósfera. Si usted hubiese vivido en aquella época, ¿no le habría pasado lo mismo?

— Indudablemente —convino Kent, mientras removía el azúcar con la cucharilla—. Así, pues, los marcianos llegaron en sus naves y arramblaron con todo ser viviente de Witherney.

Shena movió la cabeza afirmativamente.

— Incluyendo a los animales domésticos, así como muestras de árboles, plantas y semillas. En cambio, no tocaron ningún objeto. Ropas, salvo las que los raptados llevaban puestas, muebles, utensilios, herramientas, todo quedó en Witherney.

— Y Charles Matz presenció el secuestro colectivo — murmuró Kent —. ¿Cómo es que a él no se lo llevaron?

— Debió de ocurrir algo extraño —respondió Shena—. Pudo esconderse, tal vez no le vieron. Pero el caso es que quedó en la Tierra.

Kent terminó el café.

— Debió de pasar un miedo horrible, en efecto — dijo —. Además, los marcianos usarían unas naves gigantescas. Secuestrar a seiscientas personas, más los animales y numerosos ejemplares de plantas y semillas no debió de resultar cosa fácil. Todo eso, hombres, animales y plantas, ocuparía un espacio inmenso.

— Trajeron naves con capacidad suficiente y en número sobrado para que la operación planeada no fallase.

— Pero ¿con qué objeto? ¿Por qué raptaron a tantos seres humanos? Si querían estudiar nuestras peculiaridades, ¿no cree que con una pareja de ambos sexos habrían tenido más que suficiente?

Shena le dirigió una larga mirada.

— Esos seiscientos seres raptados se han convertido hoy en más de quince mil — dijo.

— ¿Y todos viven en Marte? —exclamó Kent, asombrado.

— Todos contestó ella enfáticamente.

Kent se sentía aturdido.

— ¿No han sentido nunca la tentación de rebelarse contra sus raptores? He podido deducir que ustedes están sometidos a ellos de una forma muy parecida a la esclavitud.

— En cierto modo, así es — admitió la joven —. Vivimos en subterráneos, de gran capacidad, todo hay que decirlo, y con luz solar artificial, que nos es necesaria para la vida, como también

para la de los animales y plantas que nos sirven de alimentos. La presión atmosférica es normal, pero no podemos salir a la superficie si no es con trajes estancos.

— ¿Y los marcianos sí pueden vivir en el exterior?

— Su organismo les permite una instantánea adaptación a las más adversas condiciones —explicó Shena—. Además, ya lo ha visto, poseen la cualidad del polimorfismo.

— Lo que significa que si nosotros tuviésemos otra forma, ellos la adaptarían igualmente.

— Así es Kent.

El joven miró nuevamente el libro que yacía a su lado, sobre el diván.

— Estoy viendo — dijo —, que no les conviene que se divulgue la historia. En mil setecientos noventa y nueve cuando ocurrió, y aun en años posteriores, Charles Matz fue tachado de demente. Hoy se le creería... nos creerían, Shena.

— Exactamente, Kent.

— ¿Cómo se llevó a cabo el secuestro? Sintetícemelo, por favor —pidió él—. Luego lo leeré con todos sus detalles...

— Fue muy sencillo —contestó la joven—. Bajaron numerosas naves y rodearon la ciudad por completo. Sus ocupantes, armados con instrumentos narcóticos, atacaron a los habitantes de Witherney. Algunos intentaron resistirse con sus viejas escopetas de chispa, pero su resistencia fue débil y quedaron vencidos rápidamente. Los marcianos usaban una especie de lanzagases de gran potencia, que esparcía el narcótico por la atmósfera en un ámbito de enormes dimensiones. Creo que en un cuarto de hora, todo quedó listo para el transporte.

Una acción «relámpago», verdaderamente — comentó el joven —. Imagino que con algún objeto definido.

Sí —contestó ella—. Invadir la Tierra cuando se creyesen lo suficientemente poderosos para intentarlo. Podían reducir a una ciudad de seiscientos habitantes, incluso mayor, pero entonces aún no eran fuertes en el grado necesario para ocupar todo el planeta.

— Y ahora... ¿lo son?

— No podría contestarle afirmativamente —respondió Shena —. Son muchos, millones y millones y ni yo misma conozco todas sus ciudades. Pero no cabe duda de que, para ellos, la acción iniciada en el año mil setecientos noventa y nueve, empieza a dar sus frutos.

Bajaron naves del cielo... —dijo Kent pensativamente—, Es una explicación de lo que hoy llamamos platillos volantes.

— Sólo parcial — dijo ella.

— ¿Por qué? Esos objetos no identificados...

—He podido darme cuenta de que las observaciones de tales objetos son muy frecuentes. Estoy en condiciones de asegurar que, desde aquella fecha, sólo en dos o tres ocasiones han sobrevolado la Tierra las naves marcianas. También nosotros, allí, hemos visto muchas veces los platillos volantes.

Kent silbó.

— ¡ Pues sí que se está poniendo concurrido el firmamento! —exclamó—. Es de suponer que esas naves proceden de otros planetas, Shena.

Ella se encogió de hombros.

— Así lo creemos en Marte también, pero hasta ahora, al igual que ustedes, no hemos tenido ocasión de ponernos en contacto con ninguno de los tripulantes de esas naves misteriosas.

Kent lanzó una mirada al libro. Luego, de pronto, exclamó:

— Shena, me gustaría averiguar por qué su antepasado escapó al secuestro general.

— ¿Y cómo lo conseguiría, Kent?

— Sólo hay una solución: Ir al lugar donde antes estuvo Witherney.

— El tiempo no acompaña — objetó ella.

— Será cómplice nuestro. Nadie nos seguirá — alegó Kent.

— Los caminos están intransitables.

— Yo conozco un medio de ir a Witherney sin grandes dificultades.

— ¿Cuál? — preguntó la joven.

— Un tractor de orugas. Tengo un amigo granjero y me lo prestará. ¿Querrá acompañarme, Shena?

Ella vaciló un poco.

— ¿Cuándo piensa ir?

— Mañana, por supuesto. Sólo hay diez o doce kilómetros desde aquí al punto donde estuvo emplazada Witherney. En el peor de los casos, nos costaría un par de horas, debido a la lentitud del vehículo y al estado del suelo, pero creo que podremos llegar en la mitad del tiempo indicado.

De pronto, se puso en pie.

— Llamaré a mi amigo —dijo—. Así tendremos el tractor listo para las primeras horas de la mañana.

— Muy bien —aprobó Shena—. Iré con usted.

Cinco minutos más tarde, quedaba resuelto el problema.

— Mi amigo tendrá preparado el tractor a las ocho en punto —dijo Kent, después de colgar el teléfono—. ¿Se quedará en casa,

Shena? Tengo una habitación para los huéspedes...

— Será una buena idea, Kent — sonrió la joven.

— Bien, en tal caso, ¿por qué no se distrae un poco con la televisión? Yo voy a seguir con la lectura del libro de su antepasado...

De pronto, lanzó una exclamación de asombro.

— ¿Qué sucede, Kent? —preguntó Shena.

El joven tardó unos segundos en contestar. Tenía abierto el libro por la primera página, en la que figuraban el título, el nombre del autor, el del editor y el de la fecha y lugar de impresión.

— ¡ Kent, contésteme! — insistió la joven.

Él le entregó el libro.

— Shena, fíjese en la fecha de impresión — dijo.

La joven obedeció. Sus ojos se dilataron a causa del asombro que sentía.

— ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Este libro ha sido impreso hace menos de cuatro años!

— En mil novecientos sesenta y ocho, exactamente — confirmó Kent.

* * *

El tractor rodaba lentamente por el suelo cubierto de nieve. Convenientemente abrigados, Kent y Shena viajaban en la cabina, eludiendo los lugares demasiado dificultosos para el desplazamiento del vehículo.

Una hora después de su partida, llegaron a un lugar relativamente llano, regado por un arroyo, cuyas aguas se veían heladas en muchas puntos. El cielo, aunque encapotado, no ofrecía síntomas de una nueva nevada.

La atmósfera estaba quieta, sin que se moviese el menor soplo de aire. Las ramas de los árboles parecían cubiertas de fantásticos adornos de cristal.

Kent divisó una especie de columna de piedra qué surgía de la llanura nevada. Tendió la mano y dijo:

— Eso es cuanto queda de la granja de su antepasado, Shena. La chimenea, que es de mampostería.

— El edificio debía de estar construido con troncos — dijo ella.

— Como casi todos. La madera se pudriría con el abandono o sería empleada para leña por los vagabundos que transitaban por esta comarca.

— Mi antepasado debió de sentirse muy amargado por la pérdida de su mujer y de sus hijos.

— Lo refleja en el libro —dijo él—. No puede ocultar el odio que

sentía hacia los secuestradores.

— Un sentimiento muy lógico —dijo Shena—. Los marcianos raptaron no sólo a los que vivían en la ciudad, sino a los que habitaban las granjas del contorno. Charles Matz fue el único que escapó al secuestro general.

— A lo que parece — observó Kent —, debió de ser una operación muy bien planeada. Por tanto, se me hace inexplicable que Charles Matz escapase a !a suerte que corrieron sus demás conciudadanos.

Shena se sintió muy preocupada.

— Cierto — convino —. En su libro no lo explica satisfactoriamente. Pero, ¿quién pudo imprimir la historia sólo hace siete años?

Tal vez alguien la copió de la relación original.

— ¿Y destruyó ésta después? Resultaría imperdonable; la relación original poseería un valor histórico incalculable, debido a que sería la primera narración del contacto de unos terrestres con seres de otro planeta.

Kent meneó la cabeza.

— No sé qué decirle, Shena — contestó —. Sin embargo, presiento que dentro de muy poco tendremos la solución del enigma.

Pero el joven no estaba muy seguro de sus manifestaciones; en realidad, lo hacía más bien por animar a su bella acompañante.

## Capítulo XII

El tractor remontó una pendiente de no demasiada inclinación, deteniéndose en la vaguada formada por dos colinas de forma redondeadas y cubiertas por árboles y arbustos que soportaban una buena cantidad de nieve, de la caída en los días precedentes.

La atmósfera era clara, casi cristalina. El silencio era absoluto; sólo se oía de cuando en cuando el crujido de alguna rama de árbol al partirse, agobiada por el peso de la nieve.

Delante de los dos jóvenes se extendía un pequeño valle de forma alargada, hacia cuyo centro y a un millar de metros del lugar en que se hallaban, se entreveían algunas formas de contornos no bien definidos, cubiertas por completo de nieve. Algunas de aquellas formas eran alargadas y podía identificarse fácilmente su primitivo objeto.

— Bien — dijo Kent, lanzando un profundo suspiro—; ahí tenemos cuanto queda de Witherney,

— Las ruinas de las casas, ¿no?

— Algunos muros de mampostería y los restos de unas cuantas chimeneas — respondió Kent —. La madera, como es lógico, ha desaparecido ya.

— ¿Cree que encontraremos algo? —pregunto Shena.

— Dentro de poco podré darle una respuesta adecuada — dijo él, embragando de nuevo—. Sigamos.

Las laderas eran suaves y el tractor descendió sin grandes dificultades. Unos minutos después, alcanzaban las cercanías de las ruinas.

Kent detuvo el tractor.

— Creo que sería oportuno que caminásemos a partir de aquí — dijo.

— Muy bien — aceptó la joven.

Previsoramente, Kent había llevado dos pares de raquetas para la nieve, cuya precaución demostró estar plenamente justificada. En algunos puntos, el espesor de la blanca capa rebasaba el metro.

Poco más tarde, estaban listos para iniciar la operación. Kent sacó de la caja de herramientas del tractor un rifle despiezado y lo montó rápidamente.

— Se ve que tiene poca confianza en los marcianos — dijo Shena.

— Ninguna — sonrió él, iniciando la marcha. Caminaron con ciertas dificultades, en especial

Shena, quien era la primera vez que usaba el calzado de nieve.

Kent iba en cabeza, mirando atentamente a todos los lados.

De pronto, vio algo que le hizo ponerse rígido, con los nervios en tensión. Con el pulgar, levantó el seguro del rifle y apoyó la culata del arma en su cadera.

— Cuidado, Shena — dijo.

— ¿Qué sucede, Kent? — preguntó ella.

— Mire. Delante de nosotros.

Shena contuvo un grito de asombro. Una larga serie de huellas cruzaba a unos metros por delante de ellos, en sentido oblicuo. Las huellas, resultaba patente, eran frescas y se dirigían hacia las ruinas de una construcción situada a cuarenta o cincuenta pasos de distancia, a su derecha.

Del antiguo edificio quedaba un trozo de muro y la estructura de la chimenea. El hombre que había dejado las huellas usaba, como ellos, raquetas para la nieve.

Kent se acercó cautelosamente y se arrodilló para examinar los rastros. Shena se le unió, inclinándose un tanto hacia adelante.

— Son huellas frescas — dijo el joven —. Esta noche ha nevado y ya no se verían, en otro caso.

— ¿Quién hay ahora en estas ruinas? —murmuró la joven.

— Algún vagabundo, posiblemente...

Kent se incorporó. Miró en la dirección marcada por las huellas y, de pronto, asió el brazo de la joven.

— Shena, mire hacia allí.

La joven obedeció. Una columna de humo acababa de surgir por la parte superior de la vieja chimenea.

— Hay alguien aquí, Kent — dijo.

— Sí. Vamos a ver quién es — contestó él —. Un consejo, Shena; no haga ruido ni se deje llevar por sus impulsos. Yo actuaré en caso necesario, ¿estamos?

— Entendido, Kent.

Los dos jóvenes reanudaron la marcha. Kent llevaba el dedo en el gatillo, presto a usar el arma si era preciso.

Unos minutos más tarde, se detuvieron ante la entrada de lo que parecía un cobertizo construido con troncos y ramaje a modo de techo, apoyado parcialmente en el trozo de muro y la chimenea. El suelo, en aquel lugar, estaba completamente limpio de nieve y en uno de los lados, no lejos de la base de la chimenea, pudieron ver la entrada a un sótano, con la trampilla levantada.

Había un hombre en cuclillas, de espaldas a ellos, soplando vigorosamente para apresurar la combustión de la leña. Vestía un grueso chaquetón, con cuello de piel, pantalones de recia tela y

botas de cuero.

Las raquetas estaban apoyadas a un lado, así como un rifle de caza. Pendiente de un clavo colgaba el cuerpo de un venado.

Kent y Shena permanecieron unos instantes inmóviles, contemplando la escena. De pronto, el hombre, sin volverse, dijo:

— Adelante, adelante sin temor. No tengan miedo de mí; les estaba esperando.

Kent procuró dominar la sorpresa que le causaban aquellas palabras. Avanzó un paso y preguntó:

— ¿Quién es usted?

Lentamente, el desconocido se incorporó y se dio la vuelta, quedando frente a la pareja. Era un sujeto de mediana estatura, robusto de cuerpo y de rostro sardónico e inteligente. Sus cejas eran muy espesas y bajo ellas relumbraban dos ojos de penetrante mirada.

— Me llamo Charles Matz — contestó sosegadamente.

Shena retrocedió un paso.

— ¡ Charles Matz! — repitió, atónita.

— ¡No puede ser! —dijo Kent, ceñudo—. ¿Acaso trata de tomarnos el pelo?

El individuo se encogió de hombros.

— Piense como guste, abogado Larymer —respondió—. Quítense las raquetas; son incómodas de llevar cuando no se camina por encima de la nieve. —Miró a la joven y sonrió—. Eres muy guapa, sobrina — alabó.

— ¿Yo... sobrina suya? —dijo Shena, estupefacta.

— Bueno — contestó Matz —, te llamo sobrina por llamarte de alguna forma. A fin de cuentas, eres descendiente mía... de mi hijo Charles, ¿no es cierto?

Shena asintió.

— Sí, así lo creo yo.

— No puede ser de otra forma. Abogado Larymer, ¿a cuántos marcianos ha dado ya muerte? —preguntó Matz de repente.

— A uno, que yo sepa —contestó el joven—. Pero no hemos venido aquí a discutir de ese tema, sino a...

— A conocer la verdad de lo que sucedió aquí hace casi doscientos años, ¿no es eso?

— Está explicado en su libro — dijo Shena —, aunque no con la suficiente claridad. Algunos puntos permanecen oscuros...

— Ha pasado mucho tiempo desde entonces — suspiró Matz—. En mil setecientos noventa y nueve, yo acababa de cumplir los cuarenta años. La memoria flaquea; entonces yo era prácticamente

un analfabeto, a pesar de que enseñaba a los niños de la escuela, y no se me ocurrió entonces hacer una historia de los acontecimientos.

— ¿Quiere hacemos creer que usted tiene ahora nada menos que doscientos y pico de años de edad? — gruñó Kent.

— Exactamente, doscientos trece — afirmó Matz sin inmutarse.

Hubo una larga pausa de silencio. Kent la rompió con una brusca exclamación:

— ¡ Eso es imposible!

Mat se encogió de hombros. Sacó un largo cuchillo y, volviéndose de espaldas a los recién llegados, empezó a desollar al venado.

— Piense como quiera, abogado Larymer — dijo —.

Está en su derecho al dudar de mí. En su lugar, yo también me portaría de igual manera.

— ¡ Pero eso no puede ser! — dijo Shena —. ¡ Ni en Marte vivimos tanto tiempo!

— Todo es cuestión de desearlo —dijo Matz, sin volver la cara —. Yo me quedé sin mi mujer y mis hijos y deseé vivir mil años para vengarme de los miserables que destruyeron mi vida. No tengo prisa; sé que un día u otro podré conseguirlo.

Kent se pasó una mano por el rostro.

— Admitamos que tiene los años que dice — manifestó—. ¿Dónde ha vivido todo este tiempo? ¿Aquí? Le habrían visto...

— En los inviernos, las ruinas de Witherney están abandonadas. Nadie pasa por aquí, abogado.

— ¿Y en las demás épocas del año?

— Hay muchos sitios donde esconderse y aguardar el momento de la venganza —contestó Matz fríamente.

— Hemos leído su libro — dijo Shena —. El único punto oscuro que encontramos es el hecho de que usted, si es cierto que es el Charles Matz que escapó al secuestro general, consiguiera quedarse aquí, en la Tierra.

Matz arrojó a un lado la piel del venado.

— Si han leído el libro, sabrán que, aquel día, yo venía a la ciudad a comprar un mango de hacha nuevo — declaró—. Cuando llegaba a las colinas, vi aparecer de repente las naves marcianas. Eran muchas y muy grandes y no hacían el menor ruido.

»¿Cuál puede ser, en esos momentos, la reacción de un campesino casi iletrado y cuya mentalidad corresponde a la de un hombre de la época? Hice lo que cualquier otro habría hecho en mi lugar: saltar en el acto de la carreta, en busca de refugio.

»Pero lo hice mal y rodé por el suelo. Sólo recuerdo que algo me golpeó en la cabeza y perdí él sentido. Al despertar, me encontré con la cara llena de sangre seca y en el fondo de una zanja cubierta de maleza.

»Abreviaré para no ser prolijo. Los marcianos, lo sé por sus huellas, me encontraron, pero me dieron por muerto y me abandonaron allí. ¡Oh, resultó horrible encontrarse solo, sin nadie, sin un amigo, sin ningún conocido...!

»Todo estaba desierto: no quedaban ni hombres ni animales domésticos; incluso se llevaron los perros y los gatos... y las mulas que tiraban de mi carreta y todos los animales de mi granja... ¡y a mi mujer y a mis hijos!

La voz de Matz se había hecho estridente y sus ojos brillaban con furia demoníaca. Kent temió alguna reacción imprevista y apretó con fuerza la culata de su rifle.

De pronto, Matz pareció recobrar la calma. Soltó una risita y colgó de la chimenea un caldero casi lleno de agua.

— No teman — dijo —, a ustedes no les causaré el menor daño. Mi enemiga es para con ellos, con los marcianos, y pronto llegaré el momento de mi venganza. ¿Saben que ahora soy uno de los ingenieros más distinguidos de Cabo Kennedy? Oh, los años confieren mucha sabiduría y proporcionan espacio suficiente para adquirir ciencia. Dentro de muy poco llegaremos a la Luna... y antes de que termine el siglo, pondremos pie en Marte. ¡ Ese día será el de mi venganza!

— ¿Cree que seguirá viviendo a fines de este siglo? — preguntó Kent.

— ¡Naturalmente! Eso es algo que no se puede dudar siquiera.

— Un momento —dijo Shena—. Si ha vivido tantos años, ¿por qué no publicó antes la relación de lo ocurrido en Witherney?

— Había que esperar el momento adecuado — respondió Matz —. Publiqué el libro, redactándolo como un argumento imaginario de ciencia-ficción. Ahora está de moda ese género de literatura, pero, más que todo, ya se han iniciado los viajes al espacio y la gente está dispuesta a creer cosas que antaño le habrían parecido fábulas.

— Y usted nos esperaba — murmuró Kent pensativamente.

— En efecto, sabía que vendrían un día u otro. No tenía prisa, un hombre que ha vivido más de doscientos años, no puede tenerla — declaró Matz con acento de suficiencia.

Kent fue a decir algo, pero no pudo hablar. El ladrido de un perro le interrumpió súbitamente.

Matz lanzó un agudo grito:
— ¡Ahí están! ¡Ya vienen los marcianos!

Kent se precipitó fuera del cobertizo, con el rifle en las manos. Sujetando con las traíllas a un par de perros sabuesos, tres hombres avanzaban hacia aquel lugar.

— ¡ Dispare, dispare! — gritó Matz.

— ¡ Ahí está! — voceó uno de los hombres que se aproximaban.

Otro de ellos agitó las manos:

— ¡Tengan cuidado: ese sujeto es peligroso!

— ¡No dejen que me aprisionen! —gimió Matz—. ¡ No quiero ir con ellos... no quiero ir con ellos...!

De repente, cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos. Todo su cuerpo se estremeció convulsivamente, como si estuviese atacado por un profundo llanto.

El trío alcanzó las ruinas. Un hombre joven y bien parecido se destacó.

— Vamos, Frankie; es hora de volver a casa. — Miró a los dos jóvenes y se presentó —: Soy el doctor Canrey, subjefe de los servicios psiquiátricos del condado de Bethe.

Kent posó la mirada en Matz, quien ya estaba flanqueado por los otros dos individuos, ambos tan robustos o más que el pretendido superviviente de la catástrofe de Witherney.

Shena se tapó la boca con una mano. Miró a Kent. El joven asintió.

Ambos empezaban a comprender la verdad de lo que sucedía.

El doctor Canrey dijo:

— De cuando en cuando, Frankie se nos escapa del manicomio. Asegura que viene a Witherney a esperar la vuelta de los marcianos y a vengarse de ellos.

— Entonces, ¿no se llama Charles Matz? — preguntó Kent.

— No. Él se hace llamar así, pero su verdadero nombre es Frankie Dobson. —Bajó la voz y dijo : Es un enfermo incurable.

Kent asintió.

— Comprendo —murmuró—. Desde luego, no le protegíamos, doctor.

— Me lo imagino — sonrió Canrey —. Bien, vámonos, muchachos.

Canrey agarró las traíllas y dio media vuelta. Los enfermeros se llevaron al demente.

— Me siento pasmada —confesó Shena—. Había llegado a creer de veras que era mi antepasado.

Kent meneó la cabeza.

— La voluntad de vivir, a veces, produce resultados espectaculares, pero nunca puede hacer que un hombre alcance a vivir más de dos siglos.

Shena asintió en silencio. El doctor y sus acompañantes se alejaban rápidamente.

De pronto, la joven exclamó:

— Kent, si Frankie Dobson no es Charles Matz, ¿quién, entonces, escribió ese libro?

Larymer se quedó parado. Shena añadió:

— Porque una cosa de la que no cabe duda es que el libro está perfectamente documentado y describe con todo detalle y el mayor realismo lo que ocurrió aquel día en estos mismos parajes.

— Es cierto —murmuró Kent—. ¿Quién si no, pudo escribirlo?

Su mirada recayó sobre la entrada al sótano. Una escalera de peldaños de madera conducía al interior.

— Vamos a ver qué hay ahí adentro, Shena — murmuró.

Kent se metió sin vacilar por la abertura. Shena le siguió en el acto.

Por la trampilla entraba poca luz, aunque la suficiente para ver un quinqué pendiente de un clavo oxidado. Kent agitó la lámpara y notó petróleo en el depósito.

Momentos después, había encendido el quinqué. Entonces pudieron ver restos de barriles, cuyas duelas aparecían podridas, hilachas de sacos viejos, algunas herramientas oxidadas y un baúl que parecía a punto de desintegrarse.

Kent levantó la tapa del baúl. En su interior vieron algunas prendas de ropa, que se deshicieron apenas las tocó, y una caja de metal, con una llave en la cerradura.

La caja aparecía cubierta de herrumbre. Kent hizo girar la llave en la cerradura, observando que aparecía engrasada.

Levantó la tapa. Un gran fajo de papeles, amarillentos por la acción del tiempo, apareció ante sus ojos.

— Parecen documentos antiguos — dijo.

— Arriba podremos examinarlos mejor —sugirió la joven.

Kent hizo un signo afirmativo. Inmediatamente, volvieron al exterior en donde había más luz y, sobre todo, disponían del calor de la chimenea para mayor comodidad.

Kent preparó un rústico banco con dos troncos y unas piedras. Sentados frente al fuego, reavivado convenientemente, empezaron a hojear los documentos contenidos en la caja.

En la primera hoja, Kent encontró algo ciertamente

sorprendente:

«Verdadera relación de los hechos acaecidos el día 9 de abril de 1799 cuando la ciudad de Witherney...»

— ¡Es el mismo comienzo que el del libro! — dijo Shena.

— Aguarde un poco — pidió Kent —. Continuare leyendo.

Tras el anterior párrafo, el siguiente decía:

«Yo, Charles Matz — seguían los detalles personales ya conocidos— ... sintiéndome en inminente trance de muerte y no queriendo que la historia de lo que ocurrió en Witherney quede oculta ante los ojos del mundo, ante Dios juro...»

Kent asintió.

— Dobson suprimió este párrafo en su libro — dijo—. En su locura, comprendió que si quería pasar por Charles Matz, no debía copiar la anotación de la muerte del auténtico Matz. Por tanto, suprimió este párrafo y copió la historia, posiblemente sin quitar en adelante ni un punto ni una coma.

— Quizás introdujo alguna otra modificación — opinó Shena—. Continúe, Kent, por favor.

El joven siguió leyendo en voz alta. Al cabo de unos minutos, encontraron el párrafo relativo al accidente sufrido por Matz en el momento de ver aparecer sobre Witherney las naves marcianas.

— Concuerda con lo que dijo Dobson manifestó

Shena.

— Y él, ¿por qué no lo declaró de la misma manera que Matz?

—Seguramente, por dar un poco más de misterio a la obra... y tal vez por engrandecerse a sí mismo, dando a entender que había conseguido burlar a los marcianos.

— Es posible — admitió Kent —. Pero, ¿cómo adivinó nuestra identidad? ¿Cómo supo que yo me apellido Larymer y usted es descendiente de Charles Matz?

La joven se mordió los labios.

— No lo sé — respondió —. Quizá hallemos la explicación en el resto de la historia.

Kent asintió. A partir de aquel momento, paso por alto muchas hojas, cuyo contenido, apreciado en un rápido vistazo, conocían ya. A pesar de todo, tardaron un buen rato en alcanzar los párrafos finales.

— ¡Eh! —exclamó él de pronto—. Shena, fíjese en este detalle.

Shena posó su mirada sobre el punto que le indicaba el joven. En voz alta, leyó:

«Al final de este libro, y por si el original sufriese extravío, incluyo una copia de la relación de habitantes de Witherney,

tomada de los archivos municipales, a fin de que la posteridad pueda conocer los nombres de mis conciudadanos trágicamente desaparecidos.»

— Otro párrafo suprimido, a fin de dar un mayor interés a la obra — observó Kent —. Si Dobson trató de hacerla pasar como un relato ficticio, no podía añadir una relación de seiscientos nombres, que al lector actual no le hubieran dicho nada.

— Comprendo —dijo ella—. Kent, mire a ver si figura el nombre de mi antepasado.

— Claro.

Kent pasó varias hojas. La relación estaba escrita por orden alfabético de apellidos y, a la derecha de cada nombre, figuraba la profesión, empleo o situación de la persona relacionada.

Kent buscó la letra M. Unas líneas más arriba, al final de la letra L, su vista topó con una anotación que le llenó de asombro:

— ¡Silas Larymer, abogado! —exclamó.

Shena le contempló con simpatía.

— Así, pues, usted es también descendiente de los secuestrados —dijo.

Kent se pasó una mano por la frente.

— Nadie, en mi familia, me habló jamás de nada semejante — confesó.

— Quizá se trata de unos ascendientes colaterales — apuntó Shena.

— Dobson conocía esta lista —dijo Kent—. Por eso pudo pronunciar nuestros nombres.

— ¿Y adivinar exactamente que éramos nosotros? En esa lista figuran más de seiscientas personas, Kent. ¿Cómo pudo acertarlo tan puntualmente?

— Acaso me conocía a mí. He actuado algunas veces en los tribunales de Bethe y los periódicos han citado mi nombre... y también publicaron mi fotografía en dos ocasiones. Si nos vio venir de lejos, pudo reconocerme. Y, en cuanto a usted, tal vez fue un tiro al azar, que dio en el blanco por casualidad.

— Pudiera ser —admitió la joven—. Bien, ya sabemos exactamente qué ocurrió aquel día en Witherney. Las historias que contamos en Marte al respecto, derivadas de la tradicional oral, no difieren sustancialmente de lo que ya conocemos.

De pronto, se echó a reír.

— ¿Qué le pasa? —preguntó Kent extrañado—. ¿Qué le divierte tanto?

— Nada — contestó ella —. Me río, simplemente, al darme

cuenta ahora de que tiene usted parientes marcianos.

— Es verdad —dijo él—. Pues mire, no me disgustaría conocerlos... y aliviar su situación, si fuera posible.

— En cuanto a lo último, dudo de que pueda hacer algo — dijo Shena dubitativamente.

— Sí, porque si no podemos hacer nada para echar a los marcianos de la ciudad...

Hubo un momento de silencio, durante el cual sólo se oyó el crepitar de los troncos en la chimenea. Al cabo de un minuto, Kent dijo:

— Será mejor que terminemos la lectura. Hemos de emprender el regreso, Shena.

— Muy bien, como guste.

Kent volvió a pasar las hojas, buscando el final del relato. De pronto, un papel doblado se escapó y cayó al suelo.

Kent se inclinó para recogerlo, dándose cuenta de que era una hoja que había estado guardada dentro del conjunto general, pero independiente del mismo. Atraído por una curiosidad maquinal, la desdobló y leyó su contenido.

De pronto, lanzó una exclamación:

— ¡ Fíjese, Shena! Lea lo que escribió Charles Matz a los pocos meses de la catástrofe.

Shena tomó la hoja. Al cabo de un minuto, volvió los ojos hacia el joven.

— Matz quedó viviendo en las cercanías de Witherney. Al cabo de unos meses, vio llegar a una nave marciana. Por casualidad o por lo que fuera, encontró el medio de ahuyentarlos... ¡y aquí lo dice con toda claridad!

Los ojos del joven brillaban a causa de la excitación que sentía.

— Entonces, volveremos a la ciudad y haremos que se vayan — exclamó resueltamente.

— ¿Lo quiere de veras? —preguntó Shena.

— Sí, puesto que ellos tratan de invadir nuestro planeta. Escuche, nadie nos creería si lo contásemos a las autoridades competentes. Puesto que un sujeto de tan pocas letras como Charles Matz pudo echarlos, ¿por qué nosotros vamos a ser menos que él?

— Tiene usted razón —convino la muchacha—. Volvamos, Kent.

El joven recogió los papeles y los guardó en la caja, mientras Shena se calzaba las raquetas. Luego, Kent se puso las suyas, tomó el rifle en una mano y la caja en la otra y salió del cobertizo en unión de la muchacha.

Entonces vieron una nave marciana posada en el suelo a treinta

pasos de distancia.

## Capítulo XIV

La nave refulgía con vivos destellos de metal bruñido. Era de forma esférica, con varias protuberancias o abombamientos en su parte central y otra en la cúspide, de la que sobresalían unas varillas que parecían constituir el conjunto de una antena detectora.

El aparato se apoyaba en el suelo por un trípode de patas cilíndricas, cuyas bases quedaban hundidas en la nieve. La distancia de la base de la esfera al suelo era de medio metro, escasamente.

No tenía ventanillas, al menos de forma visible, y su diámetro venía a ser de unos quince metros. El aspecto de la nave era formidable, amenazador, de un poderío sin límites.

Un orificio circular se abrió de pronto cerca de la base. Dos figuras humanas saltaron al suelo y avanzaron hacia la pareja. Kent observó que parecían pisar sobre la nieve, sin hundirse en ella.

— Tome la caja, Shena —murmuró—. Tal vez tenga que disparar contra ellos.

— Yo he olvidado mi pistola — gimió la muchacha.

Los dos marcianos se detuvieron a tres pasos de distancia. Tenían rostros corrientes, pero sus ojos brillaban de una forma singular.

Kent advirtió bajo sus chaquetones de piel, enteramente terrestres, unos anchos cinturones, de más de dos centímetros de grueso. Se preguntó si sería algún arma especial de los marcianos.

Durante algunos segundos, unos y otros se observaron en silencio. Luego, uno de los marcianos extendió la mano hacia la joven.

— Dame esa caja — pidió.

Shena la apretó contra su pecho.

— No — contestó.

Kent levantó su rifle.

— ¡ Váyanse! — ordenó amenazadoramente —. Me disgustaría mucho tener que disparar contra ustedes.

El marciano no se inmutó siquiera. Alargó su mano hacia el cañón del rifle y lo rozó con la yema del índice.

Kent lanzó un grito de sorpresa. Un tremendo aumento en el peso del arma le obligó a inclinarse a un lado. Luego, incapaz de sostener el rifle, aflojó los dedos, dejándolo caer al suelo.

— No podrá usarlo — dijo el marciano tranquilamente—, Ahora, su rifle está sometido a la acción de treinta gravedades terrestres. ¿Quiere que le ocurra a usted también lo mismo?

Kent retrocedió, como si le hubiese picado un áspid. El marciano, desinteresándose de él, se acercó a la joven.

— No queremos causarte daño — dijo —. Podríamos castigar tu evasión desde Marte, pero preferimos dejarte aquí. ¡ La caja!

Shena obedeció como hipnotizada. El marciano, ya en poder de la caja, dio un paso hacia atrás.

— En modo alguno nos conviene que se sepa lo que ocurrió aquí hace casi doscientos años de los vuestros —declaró tajantemente—. Podréis relatarlo de viva voz, pero nadie os creerá.

— Hay un libro impreso...

— Salvo el ejemplar que quedó en vuestro poder, todos los demás han sido destruidos —manifestó el marciano.

— ¿Así pensáis triunfar en vuestra invasión? — preguntó Kent.

El marciano enarcó las cejas.

— ¿Invadir nosotros la Tierra? ¡Todo lo contrario; lo que pretendemos es defendemos de vuestra invasión!

Kent se quedó estupefacto.

— Pero... nosotros no disponemos de naves interplanetarias... — balbuceó.

— Un día las tendréis — aseguró el marciano —. Incluso, a la larga, mejores que las nuestras. Ese día, trataréis de invadir nuestro planeta.

— No comprendo...

— Podría callar, pero prefiero que conozcas la verdad — dijo el marciano —. Esa joven te ha engañado, quizá porque ella misma también está engañada. Nosotros, repito, no queremos invadir la Tierra; antes al contrario, queremos estar seguros de poder defendernos el día en que lleguéis a nuestro planeta.

— Empiezo a pensar que vuestros planes de defensa se iniciaron hace casi dos siglos —dijo Kent.

— Justamente.

— Pero no comprendo —dijo Kent—, Vosotros unos seres con una inteligencia tan poderosa, con una civilización tan adelantadísima... Encuentro absurdo que os veáis obligados a defenderos de nosotros.

El marciano meneó la cabeza.

— Así es, por paradójico que pueda parecer — contestó—. En estos doscientos años escasos que han mediado desde la despoblación de Witherney hasta hoy, nuestros progresos han sido prácticamente nulos. El estado de nuestra ciencia apenas ha variado desde entonces. Técnica y social y científicamente hablando, somos los mismos que en aquella época.

»En cambio, vosotros, los terrestres, en estos dos cortos siglos, ¡qué cambios tan prodigiosos habéis experimentado! Cuando nosotros llegamos a Witherney podía decirse que empezabais a experimentar con la máquina de vapor y ahora ya estáis a punto de llegar a vuestro satélite llamado Luna.

»Nuestra ciencia es la misma; la vuestra ha realizado progresos fantásticos y todavía seguirá progresando más. Nos alcanzaréis, nos rebasaréis... Sois audaces, tenaces, agresivos. Fatalmente, él choque entre ambas civilizaciones deberá producirse un día u otro. Simplemente, queremos estar preparados para cuando llegue ese día.

»Vuestra primera expedición llegará a Marte. Ignoramos la forma en que se comportarán sus componentes, pero puede que nos veamos obligados a exterminarlos, quizá solamente a retenerles prisioneros. Enviaréis otra expedición y otra y otra..., la noticia de lo ocurrido a la primera se hará pública algún día,.., las gentes de la Tierra exigirán entonces una reparación que no podremos o no querremos dar... y se producirá el conflicto. Por eso nos estamos preparando — concluyó el marciano.

Kent meditó unos momentos acerca de las frases que acababa de escuchar.

— Pero no es necesario que se produzca el conflicto — dijo al cabo —. Simplemente, conociendo vuestra existencia, se pueden entablar provechosas relaciones...

— No ocurrirá así, desgraciadamente. Conocemos demasiado bien vuestro genio y llegaréis como conquistadores y ocupantes. Nosotros no pretendemos invadir y sojuzgar la Tierra, pero vosotros sí lo intentaréis con Marte. Durante demasiados años hemos estudiado vuestras costumbres para no saber a qué atenernos.

— Habéis empleado a los habitantes de Witherney como sujetos de vuestra experimentación —adivinó Kent.

— Sí — confesó el marciano —. Necesitábamos un grupo de gentes de no excesivo número ni tampoco muy escaso en cantidad. Witherney era la población ideal, dado el gran espíritu de colaboración que existía entre todos sus vecinos y, además, para la época, ofrecía en conjunto una cultura media.

»Una población mayor habría dado un resultado diferente al esperado. Se habrían producido nódulos de disgregación entre sus componentes y queríamos evitarlo; y una población más pequeña, nos habría ofrecido el riesgo de una cultura excesivamente baja. Witherney resultó, en conjunto, el sujeto ideal.

»Pero cometimos un error; alguien escapó al secuestro y no

pudimos capturarle, pese a los esfuerzos que hicimos.

— Charles Matz —dijo Kent.

— Sí — asintió el marciano.

— Una descendiente suya consiguió trasladarse a la Tierra años después —manifestó el joven, señalando a Shena.

— Llegó en una nave exploradora, disfrazada como uno de los nuestros. Creyó en otras intenciones y desapareció entre vosotros antes de que pudiéramos detenerla.

— Ahora estoy a vuestra disposición —dijo Shena, desafiante.

El marciano la miró con expresión condescendiente.

— No puedes causarnos ningún perjuicio grave — respondió—. A fin de cuentas, lo más importante para nosotros está aquí, en esta caja de metal.

— ¿Es tan importante como para querer llevártela? — preguntó Kent.

— Sí, pero no te daré más explicaciones...

— ¡ Aguarda! — exclamó Kent —. Pero lo que no entiendo es por qué habéis venido a mi ciudad y habéis hecho todas esas cosas en las semanas pasadas.

El marciano tocó con una mano la caja que tenía bajo el brazo.

— Esto lo explica todo — contestó simplemente.

Empezó a retroceder. Kent hizo un gesto y el marciano se paró.

— ¿Qué quieres ahora? —preguntó.

— Sólo una cosa — dijo Kent —. Deseo saber qué hacen los terrestres que viven en Marte y si desean continuar allí.

—A su modo, son felices. No carecen de nada y trabajan adecuadamente, sin esfuerzos agotadores. La verdad, los marcianos primigenios no les somos demasiado simpáticos, pero creo que cuando llegue el momento del conflicto, ellos se sentirán también verdaderos marcianos. En todo caso, nos han rendido un señalado servicio al hacer que os conociéramos a fondo.

— Todo depende del trato que les hayáis dado. Y, a juzgar por las noticias que tengo yo, no parece haya sido demasiado benigno.

— Es posible, pero eso es algo que puede corregirse. Repararemos errores pasados, se les conferirá un mayor ámbito de libertad y responsabilidad, incluso, proporcionalmente, puestos en nuestro gobierno... ¡y se convertirán en auténticos marcianos!

Dicho esto, el ser de Marte, en unión de su compañero, retrocedió hasta la nave, en cuyo interior desaparecieron a los pocos segundos.

La escotilla se cerró. Las patas se replegaron y la enorme esfera empezó a levantarse del suelo con velocidad creciente.

De pronto, se disparó hacia arriba como una gigantesca bala de cañón. Un par de segundos después, se produjo un ligero chispazo y la esfera desapareció de la vista de los dos jóvenes.

Kent se pasó una mano por la cara.

— No creo haber soñado — murmuró.

— No, no has soñado —dijo Shena—, Pero ellos están aún en la ciudad.

Kent la miró fijamente.

— Tenemos que echarles — exclamó.

— ¿Podremos hacerlo? —preguntó ella.

— Desde luego. ¿No lo hizo su antepasado, Charles Matz? Fue una casualidad lo que le llevó a descubrir el medio de combatir a los marcianos... ¡pero nuestro verdadero fracaso estriba en que nadie nos daría crédito si ahora fuésemos por ahí contando lo ocurrido!

— Un día, la Tierra conocerá la existencia de otros seres en el sistema solar. Tal vez ahora no están preparados sus habitantes para recibir la noticia en un estado de ánimo adecuado y por ello es preciso esperar.

— ¿Esperar a los marcianos? —sonrió Kent.

— Ellos, los marcianos, esperan a los terrestres — contestó Shena reposadamente.

Kent levantó la vista hasta el cielo.

— Entonces, no cabe la menor duda; un día llegaremos a su planeta —exclamó con acento pleno de convicción.

## Capítulo XV

Las llamas bailaban alegremente en el hogar. Al oír el ruido de la puerta, Shena volvió la cabeza, a la vez que «Truck» se ponía en pie.

Kent entró en la sala y se desabrochó el chaquetón.

— Ya lo tengo — dijo.

— ¿Cuándo actuamos? —preguntó ella.

— A la noche, Shena.

— Es una lástima que no podamos atrapar ninguna de sus naves — suspiró la joven.

— Resultaría sensacional, en efecto — convino Kent, a la vez que acercaba las manos al calor del fuego —, pero no debemos soñar con lo imposible. ¡ Shena! — dijo de pronto.

— Dígame, Kent.

— He vuelto a leer la historia escrita por Dobson. En ella se menciona que todos los animales domésticos fueron incluidos en el secuestro.

— Así sucedió, en efecto.

— Pero usted me habló de cierta monotonía de las comidas. Eso no se concibe disponiendo de rebaños de vacas y ovejas y bandadas de aves de corral…

— Los animales domésticos se extinguieron rápidamente — explicó la joven—. Quizá no se adaptaron al ambiente o una epidemia los mató a todos, es algo que no sé decir con exactitud. Lo más probable es que los marcianos no supieran cuidarlos, ocupados principalmente en atender a los seiscientos secuestrados… Con éstos podían entenderse, en tanto que no podían hacerlo con los animales domésticos.

— ¿Significa eso que no hay animales domésticos allí?

— Los que hay son muy distintos a los terrestres, Kent, aunque creo que éstos, en un medio ambiente adecuado, podrían vivir y reproducirse con facilidad.

— Ya —murmuró él pensativamente. La miró a los ojos—. Shena, usted no quiere volver allí.

La joven hizo un movimiento con la cabeza.

— La Tierra es mi hogar — contestó —. Soy marciana, pero solamente *de jure*.

— Legalmente, vamos, quiere decir. En lo demás, se siente enteramente terrestre.

— Así es —afirmó Shena, contemplándole fijamente.

Kent tomó una de sus manos. Ella se estremeció.

— La Tierra y mi casa serán tu hogar — dijo.

Una suave sonrisa iluminó el rostro de Shena.

— Sí, Kent — contestó.

El joven meneó la cabeza.

— Tendré que guardar el secreto — comentó —. ¿Quién iría a creerme cuando dijera que estoy casado con una marciana? Porque no creo que «ellos» revelasen la verdad.

— Puesto que no les interesa que se conozca su existencia antes de tiempo, callarán. Saben que nadie nos haría caso sí contásemos lo sucedido y eso es la garantía de su seguridad.

— En efecto — convino Kent. Miró a través de la ventana—. Ya está anocheciendo. Es hora de que empecemos a actuar.

— ¿Por dónde? —preguntó Shena.

— Por el bar de Jake Lerston. Hay que impedir que continúen estudiándonos. Incluso es probable que sientan veleidades de consumar otro rapto en gran escala. Espera un momento.

Kent metió la mano en el bolsillo del chaquetón y entregó un objeto a Shena.

— Me costó bastante encontrar dos de un tamaño más o menos parecido. En primer lugar, son adornos para lámparas que ya no se usan y mucho menos de cristal de roca auténtico, que era lo bueno, en lugar de vidrio común y corriente.

Shena contempló el prisma de cuarzo que el joven le había entregado. Medía unos diez centímetros de largo por tres de grueso y era de una pureza y limpidez extraordinarias.

— Con esto ahuyentó Charles Matz a los marcianos — dijo pensativamente.

— Sí, los rayos de luz, al atravesar el cuarzo, sufren una polarización cuyos efectos resultan intolerables para el organismo de un marciano. Él encontró un trozo de cristal de roca y lo tenía casualmente en la mano cuando aterrizaron en su busca. Los rayos despedidos por el cuarzo les hicieron huir...

Repentinamente, «Truck» emitió un largo alarido. Kent y Shena se volvieron a un tiempo.

El enorme danés temblaba convulsivamente, a la vez que todos sus pelos aparecían erizados. De pronto, dio un enorme salto y se precipitó a través de la ventana, que atravesó con gran estrépito de vidrios rotos.

— ¡ Era un marciano! — gritó Kent.

— No me extraña en absoluto —manifestó ella —. Su polimorfismo les permite adoptar la apariencia de cualquier ser

viviente.

Kent chasqueó los dedos.

— Ahora entiendo lo de los cambios de moneda — dijo —. Y también «Truck» tenía informados a sus congéneres de todos mis movimientos. Pero ¿qué habrá sido de mi pobre perro?

— Es posible que esté enterrado en el jardín — sugirió Shena—. Kent, vamos, no tenemos tiempo que perder.

— Sí, vamos. —Kent emitió un gruñido de ira—. ¡ Matar a mi perro favorito! ¡ No se lo perdonaré nunca!

Ayudó a la joven a ponerse el chaquetón. Momentos después, estaban en la calle.

Ya era de noche. Kent observó que el cielo estaba completamente despejado.

Las estrellas brillaban en todo su esplendor. Sin embargo, la temperatura estaba por debajo del cero de la escala centígrada.

Alcanzaron la esquina de las calles Tercera y Mac Pherson. La perfumería estaba aún abierta y dos vendedoras atendían a los clientes.

— Todavía es pronto para el cambio — dijo Kent —. Démonos prisa en llegar al bar; el trueque se hará cuando hayan cerrado la perfumería.

— Eso es algo que no he comprendido —dijo ella —. Imagino que los clientes serían sugestionados y no advertirían el cambio de locales, pero, ¿por qué hacerlo y, además a diario?

— A mí se me ha ocurrido una idea —contesto Kent—. Es muy posible que esa esquina resultase un lugar ideal para transmitir a las naves marcianas que, sin duda, merodean en el espacio. Naturalmente, Jake es uno de los principales jefes de la «invasión».

— Pudiera ser — admitió Shena —. A ti, sin embargo, no consiguieron sugestionarte.

— Quizá soy menos impresionable que otros... o creyeron que con el falso «Truck» a mi lado podrían controlar fácilmente mis movimientos. Shena, ¿por qué llovían cristales que luego se disolvían en la nieve?

— Esos cristales, al disolverse, despedían un gas invisible e inodoro que aumentaba la capacidad de sugestión de determinados sujetos y era lanzado desde el espacio.

— Entiendo —murmuró el joven, sin dejar de caminar casi a la carrera.

Minutos más tarde, tenían a la vista el bar de Jake.

— Déjame actuar a mí —pidió él en voz baja, en el momento de abrir la puerta.

— De acuerdo.

Se acercaron al mostrador. Jake les dirigió una sonrisa desvaída.

— Hoy acepto moneda marciana — saludó —. ¿Dos tazas de café?

— Sí, eso mismo —contestó el joven.

Jake preparó las tazas y las depositó sobre el mostrador. En el lado opuesto, un par de individuos discutían animadamente sobre un tema deportivo.

— Jake, ¿cuándo se vuelve usted a Marte? —preguntó el joven súbitamente.

El barman le dirigió una mirada aprensiva.

— Aquí estoy bien...

— Dirigiendo las operaciones, ¿no es eso? Un bonito disfraz, Jake; un barman sin importancia, un local corriente... y a la hora de transmitir, trasladando todos los aparatos a la esquina de las calles Tercera y MacPherson. ¿No es verdad?

La cara de Jake se endureció.

— No pretendemos hacerles daño — dijo —. Aunque si prefieren la guerra...

— Sólo queremos que se marchen de la Tierra, Jake.

— No podrán echarnos. Desconocen el medio de combatirnos con eficacia.

— ¿De veras? —se burló Kent. De pronto, sacó uno de los prismas de cuarzo y lo movió ligeramente, haciendo que los rayos de luz que reflejaba fuesen a parar a la cara del barman—. Jake, ¿qué le parece esta arma?

El barman retrocedió. Chocó violentamente contra la estantería y derribó dos botellas, que se rompieron con gran estrépito. Los clientes se volvieron, alarmados.

Sonidos inarticulados se escapaban de la garganta del marciano. Súbitamente, Jake dio un gran salto, a la vez que exhalaba un ronco aullido, y se puso en pie sobre el mostrador.

Metió la mano en el bolsillo de su blanca chaquetilla y sacó un objeto que lanzó contra el suelo. Inmediatamente, se produjo una fuerte explosión, al mismo tiempo que un vivísimo fogonazo.

Una onda de intolerable calor se expandió por el ambiente. Los dos bebedores huyeron despavoridos.

Shena agarró una mano de Kent y tiró de él.

— ¡Vámonos! ¡Correremos el riesgo de abrasarnos si nos quedamos aquí!

Las llamas se propagaban con rapidez inusitada, devorando furiosamente cuanto encontraban a su alcance. Kent y Shena

consiguieron ganar la calle.

Sólo entonces fue cuando el joven se dio cuenta de que Jake había desaparecido, aprovechando la confusión del momento.

Rojas lenguas de fuego, que despedían un tremendo calor, salían ya al exterior. Empezaron a oírse las primeras sirenas de alarma.

— Jake provocó el incendio para destruir sus aparatos de transmisión espacial —dijo Shena.

Kent asintió. No se explicaba de otro modo la inesperada reacción del marciano.

Los bomberos empezaron a actuar. Lentamente, Kent y Shena se alejaron de aquel lugar, sabiendo que todos los esfuerzos para dominar el fuego resultarían inútiles.

A poco, en un lugar relativamente oscuro, se detuvieron. Kent levantó la vista al cielo.

Con la mano, señaló un puntito rojizo que brillaba en la negrura del firmamento.

— Allí está Marte —dijo.

— Sí, y allí están también quienes esperan un día ser visitados por seres de su misma raza — declaró Shena.

— Un día llegaremos a Marte —afirmó Kent—, Quizá no vayamos nosotros, pero sí irán otras personas...

—Y los marcianos les atacarán. Kent, tendremos que luchar por conseguir que nos crean en la Tierra...

Kent sacudió la cabeza.

—Será inútil —dijo—. Además, es preferible que los primeros astronautas que lleguen a Marte, se enfrenten con la realidad. Puede que les resulte dura y penosa... Sin embargo, ¿por qué pensar que vamos a llegar allí imbuidos de un espíritu belicoso y agresivo?

»Ellos, los marcianos, y nosotros, los terrestres, poblamos el sistema solar. Con distintas propiedades, con distinto modo de pensar, con distintas formas, somos inteligentes y capaces de razonar. Por tanto, somos seres humanos.

»Quizá se produzcan fricciones, pero abrigo la esperanza —añadió—, de que ambas razas acabarán por entenderse y colaborar mutuamente en el progreso común. El encuentro de dos razas no se ha producido nunca sin dolor para unos y otros. Pero ¿por qué no esperar algo mejor del futuro?

Asió la mano de la joven. Unos puntitos luminosos, muy pequeños, se movían en el espacio con gran lentitud.

— Confiemos en el futuro, Shena —dijo Kent.

— Sí, querido — contestó ella.

Los puntos luminosos desaparecieron.

— Regresan a su planeta — dijo Kent —. Marcianos, esperadnos…, pero no desconfiéis de nosotros.

Al cabo de un momento, miró a Shena y sonrió. Shena sonrió también.

— Volvamos a casa — propuso.

— Como tú digas — aceptó ella confiadamente.

FIN

*Próximo número:*

LA GRUTA DEL TIEMPO

Peter Kapra

Más allá del presente,

más lejos del pasado,

por encima de la nada.

¡Un viaje alucinante!

como jamás se imaginó!